

NEWMANIANA

AÑO XVI - NÚMERO 47

DICIEMBRE 2006



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de **Amigos de Newman** en la Argentina

NEWMANIANA



Año XVI - Nº 47
Diciembre 2006

Director
Mons. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción
Dra. Inés de Cassagne
Dr. Jorge Ferro

Diseño e Impresión
Editorial y Talleres Gráficos
Universidad Católica de La Plata
Tel.: (0221) 422-6928 / 423-7375
E-mail: editorial@ucalp.edu.ar

NEWMANIANA
(ISSN 0327-5876)
es una publicación cuatrimestral.
Registro Nacional de la
Propiedad Intelectual Nº 237.216
Propiedad de Fernando María Cavaller
Dirección:
Calle 24 Nº 1630 (1900)
La Plata
Pcia. Buenos Aires
República Argentina

EDITORIAL

Newman y las certezas que sirven para vivir 2

SERMÓN

La despedida de los amigos 4
- Traducción: Fernando María Cavaller -

POESÍA

San Pablo en Malta (St. Paul at Melita) 12
- Traducción: Jorge Ferro -

ARTÍCULO

La Iglesia Católica: El hogar para siempre 13
- Fernando María Cavaller -

POESÍA

Sueños (Dreams) 30
- Traducción: Jorge Ferro -

HISTÓRICAS

Elevación y caída de Gregorio 31
- Traducción: Inés de Cassagne -

ANTOLOGÍA

El desarrollo dogmático 42



ORACIÓN

Por la beatificación del Cardenal Newman

Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea elevado a los honores del Altar, Tú lo glorificas por medio de evidentes signos y milagros. Por ello, Te pedimos quieras concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día entre los Santos de la Iglesia. Amén.

Newman y las certezas que sirven para vivir

NEWMANIANA ha cumplido con este número dieciséis años de publicación ininterrumpida. No es una cifra de las que habitualmente se celebran como jubileos. Pero para nosotros representa un esfuerzo realizado con fe y alegría con el único afán de difundir la vida y los escritos de John Henry Newman. Comenzó al fundarse nuestra Asociación de Amigos, y viene recogiendo frutos que no podemos calcular. Es un dato real que la figura del gran Cardenal es más conocida en nuestro medio de lo que era en 1991. Las obras que hemos traducido han sido siempre inéditas en castellano. También hemos incluido de vez en cuando algún artículo interesante sobre el autor, o editoriales que han tratado de vincularlo con la actualidad.

Hoy, más que nunca, nos parece que su vida señala un camino ineludible para el mundo que nos toca vivir: el de la verdad. Newman la buscó hasta encontrarla en plenitud en la Iglesia Católica. Fue testigo de ella hasta el martirio moral, y pudo decir con humildad que nunca había "pecado contra la luz". En efecto, su talante cristiano y su personalidad sacerdotal nos lo presenta como un paradigma, como una luz que nos puede guiar, en momentos en que la oscuridad del relativismo en todos los órdenes parece adueñarse de las mentes y los corazones.

El último Congreso Internacional en Oxford tuvo como tema *Newman y la Verdad*. Podríamos configurar una antología de textos sobre el tema. Si la verdad es el objeto de la inteligencia, la certeza es el estado de reposo de la inteligencia al haberla encontrado. No es la duda o la opinión el estado normal que trae la paz al alma. Y no es el estado de búsqueda constante sino de encuentro con el objeto buscado lo que nos da la paz y la alegría. Ni que decir tiene que en el ámbito sobrenatural, no se concibe el acto de fe sino como incondicional y cierto del objeto al que asiente. La fe no admite dudas, aunque admita interrogantes propios del que busca entender sus misterios, actitud que sustenta el quehacer de la teología. Pero Newman ha dicho en su *Apología* que diez mil dificultades no hacen una duda. Debemos recurrir a la obra de Newman, *El asentimiento religioso*, traducción de su admirable ensayo *A Grammar of assent*, que escribió en 1870 para contestar a un agnóstico. El capítulo VII se titula *La certeza*, donde dice:

La religión exige más que un asentimiento a su verdad: exige la certeza, o por lo menos un asentimiento que pueda convertirse en certeza cuando sea requerido. En la fe religiosa sin certeza puede haber mucho de profesiones y observancias de buen parecer; pero no puede haber hábito de oración, devoción directa, familiaridad con lo invisible, generosidad, abnegación. La certeza es algo esencial para el cristiano, y si éste ha de perseverar, su certeza ha de incluir un principio de persistencia.

Lo característico de la certeza es que su objeto es una verdad, una verdad como tal, una proposición en cuanto verdadera. Hay convicciones verdaderas y convicciones falsas, y la certeza es una convicción verdadera. Además, si es una convicción verdadera sin conciencia de que es verdadera, ya no es certeza. Ahora bien, la verdad no puede cambiar. Lo que una vez fue verdad será siempre verdad; y el espíritu del hombre está hecho para la verdad y descansa en la verdad, pero no puede descansar en la falsedad. Una vez que ha llegado a poseer una verdad ¿qué podrá arrebatársele esta posesión? Ahora bien, poseer una verdad es tener certeza: por tanto, lo que ha sido una certeza será siempre certeza. Si la certeza en cualquier cosa es el fin de toda duda o temor acerca de la verdad de la misma, si es una adhesión constante e incondicional a ella, llevará consigo una seguridad interna muy fuerte, aunque sea implícita, de que nunca fallará. La indefectibilidad es algo que casi entra en el mismo concepto de certeza... Por consiguiente, es muy importante el demostrar... que el entendimiento, que ha sido hecho para la verdad, puede llegar a la verdad y que una vez llegado a ella la puede retener, reconocer y guardar el reconocimiento de la misma.

La masa de los mortales confunden lo probable, lo posible y lo cierto, y aplican tales términos casi al azar a doctrinas y afirmaciones. No tienen una idea clara de qué es lo que saben, lo que suponen, lo que presumen, lo que tan sólo afirman. Apenas distinguen entre la creencia, la opinión y la profesión.

Dejando a un lado el ejercicio ordinario de nuestros sentidos corporales, los principales objetos de certeza, tanto en el saber religioso como en el profano, son las verdades o hechos que constituyen la base de tal conocimiento. Por lo que se refiere a nuestro mundo, estamos ciertos de los rudimentos de nuestro conocimiento, sean de orden general, científico, histórico, o digna relación a nuestras necesidades y hábitos ordinarios, a nosotros mismos, a nuestras casas y familias, a nuestros amigos, vecinos, o a nuestra nación. Fuera de tales materias fundamentales de nuestro conocimiento existe un campo vastísimo para la opinión... Si el campo de la certeza es tan restringido y el de la opinión es tan inmenso, se explica que comúnmente se diga que la probabilidad es guía de la vida. Esto sí se entiende bien es verdad; pero hemos de guardarnos de llevar una máxima que es verdadera a una posición extrema. Estaríamos lejos de la verdad si la mantuviéramos de forma que olvidáramos que no puede haber conclusiones si no hay primeros principios, y que, por tanto, la probabilidad presupone en algún sentido la existencia de verdades ciertas.

El sacrificio de las riquezas, de la fama, de la posición, la fe y la esperanza, el dominio de sí mismo, la comunión con el mundo espiritual presuponen una aprehensión real y una intuición habitual de los objetos de la revelación, que no puede tener otro nombre que certeza.

Tal es la analogía entre nuestro conocimiento de las cosas de este mundo y el de las cosas del mundo invisible, a saber, una indefectible certeza en lo que se refiere a las verdades primarias y una múltiple variedad de opiniones en lo que se refiere a la aplicación y disposición de las mismas.

En éste, como en otros temas, Newman contesta anticipadamente, y nos anima a seguir difundiendo su pensamiento, con la ayuda de todos sus Amigos, por muchos años más.

Feliz Navidad y que el año 2007 pueda alegrarnos con la beatificación de nuestro Cardenal.

Sermons Bearing on Subjects of the Day, XXVI, pp. 395-409

Predicado en Littlemore, en el aniversario de la consagración de la capilla, el 25 de septiembre de 1843.

El último sermón anglicano de Newman:

La despedida de los amigos

TRADUCCIÓN

FERNANDO MARÍA CAVALIER

El hombre sale a su trabajo para hacer su faena hasta la tarde (Salmo 104, 23)

Cuando el Hijo del Hombre, el Primogénito de la creación de Dios, llegó a la tarde de su vida mortal, se despidió de sus discípulos en un banquete. Había soportado “el peso y el calor del día”, y “cansado del viaje” paró junto al pozo y pidió un trago de agua para Su sed, pues tenía “un alimento para comer” que los otros “no conocían”. Su alimento era “hacer la voluntad de Aquel que le envió y llevar a cabo su obra”¹. “Tengo que trabajar en las obras del que me ha enviado”, había dicho, “mientras es de día; llega la noche, cuando nadie puede trabajar”². Así transcurrió el tiempo de Su ministerio, y si en algún momento participó de banquetes con fariseos o publicanos, fue porque debía hacer el trabajo de Dios más arduamente. Pero “al atardecer se sentó con los Doce”³, “y les dijo: ‘Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer’”⁴. Estaba por sufrir más de lo que los hombres han sufrido o sufrirán jamás. Pero no hay nada de triste, hosco, violento o egoísta en Su dolor; es tierno, afectuoso y sociable. Llama a sus amigos en

torno Suyo, aunque estaba como Job entre las cenizas, le manda estar con Él y verle sufrir, desea la simpatía de ellos, y se refugia en su amor. Primero celebró la fiesta, cantó un himno con ellos, y les lavó los pies, y cuando empezó Su larga aflicción los mantuvo en Su presencia hasta que retrocedieron aterrados. Pero Sus ojos descansaron en Santa María y San Juan, Su Madre Virgen y su discípulo virgen, que se quedaron, y en San Pedro, que le negaba a la distancia, Su mirada repentina produjo un arrepentimiento profundo. ¡Qué hermoso ejemplo, tipo de toda prueba y del deber que nos cabe en ella, mientras dure la Iglesia!

Hoy no tenemos necesidad, por cierto, de semejante lección y de tan augusto consuelo. No tenemos dolor ni pena que lo exija, pero considerando que nos ha sido dado en esta celebración de la mañana, pensamos naturalmente en él, aunque esté infinitamente por encima de nosotros, bajo ciertas circunstancias de esta época y del tiempo presente. Porque ahora están

¹ Jn 4, 6.34

² Jn 9, 4.

³ Mt 26, 20

⁴ Lc 22, 15

cayendo las sombras de la tarde sobre la tierra, y el trabajo del año está llegando a su fin. En Septuagésima los trabajadores fueron enviados a la viña, en Sexagésima el sembrador fue a sembrar, ese tiempo acabó, “la siega pasó, el verano terminó”, se recoge la vendimia. Hemos guardado los días de ayuno por los frutos de la tierra, en anonadamiento por ser indignos aún de la más pequeña de las misericordias de Dios, y ahora estamos ofreciendo su grano y su vino como propiciación, y comiendo y bebiendo de ellos con acción de gracias.

“Todo viene de Ti, y de Tu mano te lo damos”. Si hemos tenido en esta época la lluvia, y el sol brilla con fuerza, y el campo es fértil, todo viene de Ti. Te devolvemos lo que viene de Ti. “Tú se lo das y ellos lo toman, abres tu mano y se sacian de bienes. Escondes Tu rostro y se anonadan, les retiras su aliento, y expiran y a su polvo retornan. Envías Tu aliento y son creados, y renuevas la faz de la tierra”. Él da y Él quita. “¿Recibimos los bienes de la mano de Dios, y no vamos a recibir los males?”. ¿Es que no puede hacer con lo Suyo lo que quiere?”. ¿No se pone Su sol así como ha salido, y no debe ponerse si debe salir nuevamente, y no debe venir primero la oscuridad si ha de haber mañana, y no debe el cielo estar más oscuro antes de que pueda brillar? ¿Y no puede Él, que hizo todas las cosas, hacer que una luz aparezca en la oscuridad? “He meditado en Tu nombre, Señor, durante la noche, y he guardado Tu Ley”, “Tú también encenderás mi candil, el Señor mi Dios hará que mi oscuridad sea luz”, o como dice el Profeta, “a la hora de la tarde habrá luz”⁹.



Interior de la Iglesia de Littlemore.
De una pintura de J. Buckler, 1839.

Dice el santo David, “todo viene de Ti... pues forasteros y huéspedes somos delante de Ti, como todos nuestros padres; como sombras son nuestros días sobre la tierra y no hay esperanza”¹⁰. Todo es vanidad, vanidad de vanidades, y vejación del espíritu. “¿Qué saca el hombre de todo el trabajo con que se afana bajo el sol? Una generación va, otra generación viene; pero la tierra para siempre permanece. Sale el sol y sol se pone... Todas las cosas son afanes, más de cuanto se puede decir... Lo torcido no

⁹ Jer 8,20

¹⁰ 1 Cron 29,14.

¹¹ Salmo 104, 28-30.

¹² Job 2,10.

¹³ Mt 20,15.

¹⁴ Zac 14,7.

¹⁵ 1 Cron 29,15.

puede enderezarse, y es imposible contar las cosas que faltan¹². “Todas las cosas tienen su tiempo; todo lo que pasa debajo del sol tiene su hora. Hay tiempo de nacer, y tiempo de morir; tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado; tiempo de matar, y tiempo de curar; tiempo de derruir, y tiempo de edificar;... tiempo de buscar, y tiempo de perder; tiempo de guardar, y tiempo de tirar¹³. ¡Y qué vanos son el tiempo, la materia, el movimiento, la fuerza y la voluntad del hombre, a menos que sean instrumentos de la gracia de Dios que los bendiga y trabaje con ellos! ¡Qué vanos son todos nuestros dolores, nuestro pensamiento, nuestros cuidados, a menos que Dios los use, a menos que Dios los haya inspirado! ¡Son algo peor que infructuosos, a menos que estén dirigidos a Su gloria, y devueltos al Dador!

“Todo viene de Ti y te damos lo que hemos recibido de Tus manos”, dice el salmista real, después de haber reunido los materiales para el Templo. Porque “la obra es grande”, y “este palacio no es para el hombre sino para el Señor Dios”, por eso “preparó con todas sus fuerzas para la Casa de su Dios”, oro, plata, bronce, hierro y madera, “piedras de ónice y piedras de engaste, piedras brillantes y de varios colores, toda suerte de piedras preciosas y piedras de mármol en abundancia. “Y regocijose el pueblo por haberlo hecho voluntariamente...y el rey David también tuvo un gran gozo¹⁴. Nosotros también, en esta época, año tras año, a nuestra medida y de acuerdo a nuestro trabajo y nuestra fe, nos hemos regocijado en la presencia de Dios por este sagrado edificio que Él nos ha dado

para rendirle culto en él. Fue un momento de alegría cuando nos reunimos aquí por primera vez, y muchos de los que estamos ahora aquí lo recordamos. No ha cesado nuestro gozo, sino que se ha renovado cada otoño, cuando llegaba el día. Ha sido “un día de regocijo y de banquete, día de fiesta en que se mandan regalos los unos a los otros¹⁵. Hemos guardado la fiesta hasta ahora con corazones alegres, durante siete años hasta “un final perfecto”. Hagámoslo ahora, aún cuando estemos de prisa, con hierbas amargas, los lomos ceñidos, y un cayado en nuestra mano, como aquellos que “no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura¹⁶”.

Así pasó con Jacob, cuando cruzó el Jordán con su grupo. También celebró fiesta antes de emprender su triste camino. Recibió la bendición de su padre y luego fue enviado lejos; dejó a su madre y nunca más vio su rostro o escuchó su voz. Se despidió de todo lo que amaba su corazón, y volvió su mirada hacia una tierra extraña. Se fue con la duda de si tendría pan para comer o vestido para ponerse. Llegó al “país de los hijos de oriente”, y sirvió a un duro patrón durante veinte años. “De día le consumía el calor, y de noche el frío, y huía el sueño de sus ojos¹⁷. ¡No podía haber imaginado, cuando su padre y madre le habían abandonado y se quedó dormido en Betel sobre el suelo desolado, porque el sol se había puesto, que allí estaba la casa de Dios y la puerta del cielo, que el Señor estaba en ese lugar, y que estaría con él dondequiera que fuese, hasta que le trajera de vuelta en “dos grupos” a ese río que había cruzado desamparado y solo!

¹² Eccle 1,3-15.

¹³ Eccle 3, 1-6.

¹⁴ Cron 29,14.1-9.

¹⁵ Ester 9,19.

¹⁶ Heb 13,14.

¹⁷ Gen 31,40.



*From St Mary's Church, Exeter.
1841*

Newman predicando en la época de este sermón.
Grabado de 1841.

Así fue con Ismael, y aunque la fiesta no fue para él una bendición, celebró en la tienda de su padre y luego fue despedido. Ese tierno padre que, cuando le fue prometido un hijo de Sara, clamó a su protector Todopoderoso, “¡Que Ismael viva al menos delante de Ti!”¹⁸, fue quien bajo la guía divina, el día después de la fiesta, “levantóse muy de mañana, tomó pan y un odre de agua, y se lo dio a Agar, poniéndolo sobre el

hombro de ésta, le entregó también el niño, y la despidió. Y ella se fue y anduvo errante por el desierto de Berseba”¹⁹. No se imaginó cuando ese niño salvaje pasó de la fiesta a la sed, al cansancio y a la vida ambulante del desierto, que ese no era el fin de Ismael, sino el comienzo. Y nada pudo suponer de la fortuna que le vendría cuando “se acabó el agua del odre, y ella echó al niño bajo uno de los arbustos, y fue a sentarse frente a él, a la distancia de un tiro de arco, porque decía: ‘No quiero ver morir al niño’, y sentada enfrente, alzó su voz y prorrumpió en lágrimas”²⁰.

Así pasó con Noemí, aunque no fue abandonada sino que retornó a su hogar, y no fue a una tierra de hambre sino de abundancia. En tiempos de aflicción tuvo que dejar su país, encontró amigos y formó una familia entre los enemigos de su pueblo. Y cuando su marido y sus hijos murieron, una mujer moabita, cuya nación había sido alguna vez la piedra de tropiezo de Israel, se convirtió en el sostén y el consuelo de su viudez. En un tiempo, al llamado de las hijas de Moab, el pueblo elegido había participado de sus sacrificios, se había postrado ante sus dioses, Israel se unió a Baal, y la ira del Señor se encendió contra Israel. Habían pasado muchos siglos, y ahora Noemí era madre de moabinas, y le había dado su corazón a la tierra de ellos, cuando el deber la llamó a volver a Belén. “Había oído en los campos de Moab que el Señor había visitado a su pueblo, dándole pan. Salió pues del lugar donde estaba, y sus dos nueras con ella, y se pusieron en camino para volver a la tierra de Judá”²¹.

¿Qué haría una viuda desamparada, con tan gran conflicto en su interior, dejar detrás a las dos mujeres paganas, en la viudez y la debilidad como ella, quedándose sola con las sombras de bendiciones muertas, o llevar egoístamente

¹⁸ Gen 17,18.

¹⁹ Gen 21,14.

²⁰ Gen 21,15-16.

²¹ Rut 1,6-8.

como compañeras de sufrimiento a quienes no podía ser protectoras? ¿Buscaría simpatía donde no podía obtener ayuda? ¿Las privaría de un hogar, cuando ella no tenía ninguno para ofrecer? Por ello dijo, "Id, volved cada una a la casa de su madre, y el Señor use de misericordia con vosotras, con los difuntos y conmigo"²². Perpleja, a Noemí le desgarraban muchos sentimientos contrarios: Orfá que la dejaba o Rut que permanecía, Orfá que era un dolor o Rut que era una carga. "Entonces ellas levantando la voz siguieron llorando. Después Orfá besó a su suegra, en tanto que Rut se acogió a ella. Díjole Noemí: 'He aquí que tu cuñada ya se ha vuelto a su pueblo y a sus dioses; vuélvete tú también en pos de tu cuñada'. Rut respondió: 'No insistas en que te deje, retirándome de ti, porque adonde tú vayas iré yo, y donde tú mores moraré yo. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios. Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré sepultada. Que el Señor me castigue de todas maneras si otra cosa que la muerte me separe de ti'"²³.

Orfá besó a Noemí y volvió al mundo. Hubo tristeza en la partida, pero el dolor de Noemí era mayor por causa de Orfá que por ella misma. Habría dolor, pero era el dolor de una herida, no el anhelante sentimiento del amor. Era el dolor que sentimos cuando los amigos nos decepcionan, y decae nuestra estima. Ese beso de Orfá no fue una señal de amor, sino la falsa declaración de aquellos que usan palabras suaves, que pueden hacernos compañía con el menor problema e incomodidad de su parte. Las lágrimas de Orfá no eran sino las heces del afecto; ella abrazó a su suegra una vez por todas para no tener que adherirse a ella. Bien diferentes fueron las lágrimas y el abrazo entre las

dos amigas religiosas de las que habla el libro a continuación, pues se amaban mutuamente con amor verdadero no fingido, aunque sus vidas iban por caminos diferentes.

Si el dolor de Noemí fue grande cuando Orfá la besó, ¿cuál no fue el de David cuando vio el final de aquel cuya "alma se apegó a la suya", de modo que "le amó como a sí mismo"²⁴. "Estoy lleno de angustia por ti, Jonatán, hermano mío, en extremo querido, más delicioso para mí tu amor que el amor de las mujeres"²⁵. ¡Qué aflicción cayó sobre aquel "joven... de bellos ojos y hermosa presencia... que sabe tocar, es valeroso, buen guerrero, de palabra amena"²⁶, cuando su leal y devoto amigo, a quien estos dones habían ganado, le vió por última vez! ¡Duro destino, a menos que el Misericordioso así lo quiera, el que tales compañeros no puedan caminar en la casa de Dios como amigos! David tuvo que volar al desierto, y Jonatán consumirse en la sala de su padre. Jonatán tuvo que compartir la dura muerte de su padre en la batalla, y David ascender al trono vacante. Sin embargo, hicieron una alianza al despedirse. Jonatán dijo: "Si para entonces estoy vivo todavía, usa conmigo la bondad del Señor y, si estoy muerto, nunca apartes tu misericordia de mi casa, no cuando el Señor haya exterminado a los enemigos de David de la faz de la tierra... Y Jonatán juró de nuevo a David por el amor que le tenía, pues le amaba como a sí mismo"²⁷. Y luego, mientras David se escondió, Jonatán interpeló a Saúl cómo se había maldispuesto con David, y "comprendiendo que por parte de su padre la muerte de David era cosa decidida, se levantó de la mesa ardiendo en ira y no comió el segundo día del novilunio, pues estaba affligi-

²² Rut 1,8.

²³ Rut. 1,14-17

²⁴ 1 Sam 18,1.

²⁵ 2 Sam 1,26.

²⁶ 1 Sam 16, 12,18.

²⁷ 1 Sam 20,14-17.

do por David, porque su padre le había injuriado²⁸. Luego fue al campo por la mañana, donde estaba David, y tuvo lugar el último encuentro entre los dos. “David se levantó de junto a la loma y, cayendo sobre su rostro en tierra, se postró tres veces. Se abrazaron los dos y lloraron copiosamente. Y Jonatán dijo a David: ‘Vete en paz, ya que nos hemos jurado en nombre del Señor que el Señor esté entre tú y yo, entre mi descendencia y la tuya para siempre. Y se levantó David y se fue, y Jonatán volvió a la ciudad’²⁹.”

David le dio su afecto a un solo corazón, pero hay otro del que se habla en la Escritura que tuvo miles de amigos y los amó a cada uno como a su propia alma, y pareció vivir mil vidas en ellos, y morir mil muertes cuando tuvo que dejarlos: ese gran Apóstol cuyo mismo corazón se rompía cuando sus hermanos lloraban³⁰, que “vivía si ellos se mantenían firmes en el Señor”, que “estaba feliz cuando él era débil y ellos fuertes”, y que “estaba deseoso de darles su propia alma, porque le eran muy queridos”³¹. Sin embargo leemos la oración de despedida a todas las Iglesias que nunca más le verían. Una vez fue a los pequeños del rebaño: “Cuando se nos pasaron aquellos días, salimos y nos pusimos en camino”, dice el Evangelista³². “Todos nos acompañaron con sus mujeres e hijos hasta las afueras de la ciudad. En la playa nos pusimos de rodillas y oramos; nos despedimos unos de otros y subimos a la nave, y ellos se volvieron a sus casas”³³. Otra vez fue a los que gobernaban la Iglesia: “Ahora yo se que ya no volveréis a ver mi rostro ninguno de vosotros, entre quienes

pasé predicando el Reino. Por esto os testifico en el día de hoy que yo estoy limpio de la sangre de todos, pues no me acobardé de anunciaros todo el designio de Dios... De nadie codicié plata, oro o vestidos... En todo os he enseñado que es así, trabajando, como se debe socorrer a los débiles y que hay que tener presentes las palabras del Señor Jesús, que dijo: Mayor felicidad hay en dar que en recibir. Dicho esto se puso de rodillas y oró con todos ellos. Rompieron entonces todos a llorar y arrojándose al cuello de Pablo, le besaban, afligidos sobre todo por lo que había dicho: que ya no volvería a ver su rostros. Y fueron acompañándole hasta la nave”³⁴.

Hubo otra oportunidad, cuando tuvo que dejar a su “propio hijo en la fe”, Timoteo, en palabras más calmas y más impresionantes, cuando su fin estaba cerca: “Estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente. He luchado el buen combate, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe, y desde ahora me aguarda la corona de la justicia que aquel Día me entregará el Señor, el justo Juez”³⁵.

¿Qué son todos estos ejemplos sino memoriales y señales del Hijo del Hombre, cuando Su obra llegaba a su fin? Como Jacob, como Ismael, como Elías, como el Evangelista cuyo día pasó³⁶, hizo fiesta antes de su partida, y como David fue perseguido por los gobernantes de Israel, y como Noemí fue abandonado por Sus amigos, y como Ismael clamó “Tengo sed” en una tierra estéril y seca, y al final, como Jacob, se fue a dormir con

²⁸ 1 Sam 20, 33-34.

²⁹ 1 Sam 20, 41-21, 1.

³⁰ Hechos 20,37-38.

³¹ 1 Tes 2,8; 3,8; 2 Cor 13,9.

³² Se refiere a San Lucas, autor también del libro de los Hechos de los Apóstoles que está citando.

³³ Hechos 21, 5-6.

³⁴ Hechos 20, 25-27.33.35.36-38.

³⁵ 2 Tim 4, 6-8.

³⁶ Se refiere probablemente a San Mateo, cuya fiesta se había celebrado dos días antes.

una piedra por almohada, al atardecer. Como San Pablo, había “terminado la obra que Dios le encomendó realizar”, y había “dado solemne testimonio”³⁷, y más allá que San Pablo, “el Príncipe de este mundo había llegado y no tuvo ningún poder en Él”³⁸. “En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por Él, y el mundo no lo conoció. Vino a Su casa, y los suyos no lo recibieron”³⁹. Se fue apesadumbrado y lloró tiernamente sobre el país y la ciudad que le rechazaba. “Al acercarse y ver la ciudad, lloró por ella, diciendo: ¡Si también tú conocieras en este día el mensaje de paz! Pero ahora ha quedado oculto a tus ojos... ¡Jerusalén, Jerusalén!, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados. ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina su nidada bajo las alas, y no habéis querido! Ved que vuestra casa os va a quedar desierta”⁴⁰.

Es una lección, ciertamente, y una advertencia para todos nosotros, en cada lugar donde Él pone Su Nombre, hasta el fin de los tiempos, para que no seamos fríos con Sus dones, o incrédulos con Su palabra, o celosos de Sus obras, o crueles con Sus misericordias... ¡Oh madre de los santos! ¡Oh escuela de sabiduría! ¡Oh nodriza de lo heroico! de quien salieron y en quien habitaron nombres memorables del pasado, para difundir la verdad en tierra extranjera, o para protegerla y demostrarla en casa! ¡Oh tú, de quien las naciones circundantes iluminan sus lámparas! ¡Oh virgen de Israel!, ¿porqué te sientas ahora en el suelo y guardas silencio, como una de las mujeres necias que estaban sin aceite cuando llegaba el Novio? ¿Dónde está ahora el

que gobierna en Sión, y el doctor en el Templo, y el asceta en el Carmelo, y el heraldo en el desierto, y el predicador en la plaza del mercado? ¿Dónde están las “fervientes oraciones” ofrecidas en secreto y esas limosnas y buenas obras que ascienden como memorial ante Dios? ¿Cómo es, lugar santo que fuiste alguna vez, que “la tierra está de duelo, porque devastados están los trigales, secóse el vino, falta el aceite... porque no hay más alegría entre los hijos de los hombres”⁴¹? ¡Ay del día!... ¡Cómo gimen las bestias! Andan errando los hatos de ganado porque no tienen pasto, y también los rebaños de ovejas están pereciendo!”⁴² “El Líbano se consume por vergüenza, Sarón es como un desierto, Basán y el Carmelo han perdido su follaje”⁴³. Oh madre mía, ¿de dónde te viene todo esto, que hayas derramado buenas cosas en ti y no las hayas conservado, y tengas hijos pero no te atrevas a reconocerlos? ¿Por qué no tienes la habilidad de usar sus servicios ni el corazón para gozar en su amor? ¿Cómo es que lo generoso en el propósito y lo tierno o profundo en la devoción, tu flor y tu promesa, cae de tu seno y no halla un hogar entre tus brazos? ¿Quién ha puesto esta nota en tí, tener “un seno que aborta y pechos secos”, para ser extraña a tu propia carne, y de ojo cruel hacia tus pequeños? A tus propios vástagos, el fruto de tu vientre, que te aman y se fatigarían por tí, los miras con temor, como un presagio, o los detestas como una ofensa. A lo sumo no haces sino soportarlos, como si sólo reclamaran tu paciencia, posesión y vigilancia, y estar libre de ellos tan fácilmente como puedas. Tu haces que “estén todo el día ociosos”, como la verdadera condición de tu relación con ellos, o les

³⁷ 1 Tim 6,13.

³⁸ Jn 14,30.

³⁹ Jn 1,10-11.

⁴⁰ Lc 19,41-42; 13, 34-35.

⁴¹ Se refiere en todo el párrafo a la Iglesia de Inglaterra.

⁴² Joel 1, 10-12.

⁴³ Joel 1,15.18.

⁴⁴ Is 33,9.

mandas que se vayan adonde sean mejor recibidos, o los vendes por nada al extraño que pasa. ¿Y qué harás finalmente?...

La Escritura es un refugio en cualquier problema. Estemos solamente en guardia para no parecer que hacemos uso de ella más allá de lo conveniente, o hacer algo más que refugiarnos bajo su sombra. Usémosla de acuerdo a nuestra medida. Es más elevada y amplia que nuestras necesidades, y su lenguaje pone un velo a nuestros sentimientos mientras les da expresión. Es sagrada y celestial, modera y purifica, mientras aprueba esos sentimientos.

Y ahora, hermanos míos, “benedicid a Dios y proclamad ante todos los vivientes los bienes que os ha concedido, para bendecir y cantar su Nombre. Manifestad ante todos los hombres las acciones de Dios, dignas de honra, y no seáis remisos en confesarle”⁴⁵. “Las obras del Señor son todas buenas, a su tiempo provee Él a toda necesidad. No hay por qué decir: Esto es peor que aquello, porque todo a su tiempo es aprobado. Y ahora con todo el corazón y la boca cantad himnos y bendecid el nombre del Señor”⁴⁶.

“Desiste de la cólera y abandona el enojo... Apártate del mal y obra el bien”⁴⁷. “Practicad el bien y no tropezaréis con el mal”⁴⁸. “Ve, pues, y come con alegría tu pan, y bebe con alegre corazón tu vino, porque Dios mira ya complacido tus obras. Sean tus vestidos en todo tiempo blancos; y no falte en tu cabeza el perfume”⁴⁹.

Oh, hermanos míos, bondadosos y afectuosos corazones, queridos amigos, si conocéis alguien cuya suerte ha sido en algún grado ayudaros, por escrito o de palabra, a actuar, si os ha dicho lo que conocéis acerca de vosotros mismos, o lo que no conocéis, si os ha leído vuestros deseos o sentimientos y os ha confortado por la misma lectura, si os ha hecho sentir que había una vida más elevada que esta cotidiana, y un mundo más luminoso que el que veis, o bien os ha animado, o moderado, o abierto un camino para inquirir, o tranquilizado a los perplejos; si lo que ha dicho o hecho os ha causado algún interés en él, y os ha hecho sentir inclinados hacia él, recordadle en el tiempo venidero, aunque no le escuchéis, y orad por él para que en todas las cosas pueda conocer la voluntad de Dios, y en todo tiempo pueda estar dispuesto a cumplirla.

⁴⁵ Tobías 12,6.

⁴⁶ Ecco 39, 33-35.

⁴⁷ Sal 37, 8.27.

⁴⁸ Tobía 12,7.

⁴⁹ Eccl 9,7-8.

San Pablo en Malta

(St. Paul at Melita)

TRADUCCION
JORGE FERRO

'And when Paul had gathered a bundle of sticks, and laid them on the fire, there came a viper out of the heat.'

Secure in his prophetic strength,
The water peril o'er,
The many-gifted man at length
Stepp'd on the promised shore.

He trod the shore; but not to rest,
Nor wait till Angels came;
Lo! Humblest pains the Saint attest,
The firebrands and the flame.

But, when he felt the viper's smart,
Then instant aid was given;
Christian! hence learn to do thy part,
And leave the rest to Heaven.

Messina
February 8, 1833

Mas al echar Pablo en el fuego una cantidad de ramaje que había recogido, salió una víbora a raíz del calor (Hechos 28, 3)

Seguro en su poder profético,
pasado el peligro del agua,
por fin el hombre de muchos dones
arribó a la orilla prometida.

Pisó la costa, mas no para descansar,
ni para esperar la llegada de los ángeles.
Ved! Testimonia el santo los dolores más
humildes,
los tizones y la llama.

Pero cuando sintió el ardor de la víbora,
entonces recibió ayuda inmediata.
Cristiano! De esto aprende el hacer lo que te toca,
y dejar al Cielo lo demás.

La Iglesia Católica:

El hogar para siempre (continuación)

FERNANDO MARÍA CAVALLER

En el número anterior hemos llegado hasta la publicación de su obra autobiográfica *Apologia pro vita sua*, de 1864. Estamos en su etapa de madurez católica, vivida en Birmingham, que fue desde su conversión el lugar que se identificó con su pertenencia a la Iglesia Católica, su hogar para siempre. Allí seguiremos sus pasos hasta su muerte en 1890, es decir, que presentamos aquí una semblanza de los últimos veinte años de su vida, que recogen como gran acontecimiento el nombramiento de Cardenal. El 11 de agosto de 1890 entró a habitar en el hogar eterno.

III

EL ORATORIO DE BIRMINGHAM: EL HOGAR DE SU MADUREZ CATÓLICA (continuación)

La década de 1870 se inauguró con el Concilio Vaticano I, y su definición dogmática de la infalibilidad papal. Newman fue invitado dos veces a participar en el mismo, la segunda por deseo del Papa a través de su obispo Ullathorne. No aceptó, contestando: *Lo declino en primer lugar por mi estado de salud, que exige en el presente una cuidadosa y continua vigilancia que sólo puedo tener permaneciendo en casa, y en segundo lugar, porque mi presencia en Roma no va a aportar ninguna contribución a este*

*importante acontecimiento, para el cual no me veo cualificado ni por mis talentos ni por mis logros*¹. Por supuesto aceptó las definiciones, pero creyó inoportuna la referida a la infalibilidad, si bien inmediatamente comenzó a defenderla en su medio inglés, donde causó una verdadera tempestad. Aplicó al punto en cuestión sus conclusiones acerca de la razón implícita y explícita de sus sermones de 1843, así como las consideraciones sobre el desarrollo o desenvolvimiento de la doctrina cristiana de 1845,

¹ L.D., XXIV, 163.

que ya hemos analizado. Pero tuvo oportunidad de tratar esta materia en dos escritos más: el primero en 1874 con ocasión de un artículo del estadista William Gladstone sobre los decretos del Concilio Vaticano, a quien respondió con la famosa *Carta al duque de Norfolk*, y el segundo, en 1877, con ocasión de la re-publicación de sus *Conferencias sobre el oficio profético de la Iglesia*, bajo el título *La Via media*, donde agregó el importante *Prólogo*. Los vamos a ver ahora, aunque esto signifique dar un pequeño salto en el tiempo hacia adelante, que luego recuperaremos.

La cuestión era tratar los derechos de la conciencia y de cierta autonomía de la teología en relación a la autoridad papal. Si bien consideraba el dogma de la infalibilidad verdadero *theologoumena* acerca del oficio petrino, no pensaba en que fuese oportuna tal definición, en parte por su visión de la realidad inglesa, y especialmente porque en manos del partido ultramontano semejantes dogmas desequilibrarían gravemente la vida de la Iglesia. Creía que tal doctrina podría desestabilizar a los débiles en la fe, desanimar a lo interesados en llegar a ser católicos y escandalizar a la mente protestante. Hay que notar que su oposición al ultramontanismo no estaba basada en la defensa de los derechos del episcopado, y esto hizo que muchos lo vieran como un ultramontano "sui generis".

En la *Carta al Duque de Norfolk* Newman contesta a Gladstone, quien había interpretado mal la Constitución *Pastor aeternus*, confundido

en parte por extremos ultramontanos como el cardenal Manning. Newman hace ver que aunque los decretos llaman rectamente "universal" a la jurisdicción papal, en el sentido de que rige sobre cada persona en la comunión católica, esto no significa enseñar que el *objeto* de la jurisdicción papal no esté circunscripto, como si se extendiera a todas los asuntos que conciernen a las personas o al orden público. Los términos *disciplina* y *régimen* usados en el documento son términos técnicos eclesiásticos. No hay conflicto entre el ciudadano inglés y el católico inglés, no hay interferencia con las conciencias. Es más, el oficio petrino está al servicio de ellas, para formarlas y salvaguardarlas. Asimismo, la conciencia tiene derechos porque tiene deberes. Newman desarrolla en el corazón de esta obra el tratamiento de la conciencia en relación a la autoridad eclesiástica. Define a la conciencia como la ley de Dios *aprehendida en la mente de cada individuo... que aunque sufre refracción al pasar al medio intelectual de cada uno, no es tan afectada como para perder su carácter de Ley Divina, sino que conserva por ello la prerrogativa de exigir obediencia. De esta manera la conciencia es la voz de Dios... es el natural Vicario de Cristo, un profeta en sus informaciones, un monarca en sus mandatos, un sacerdote en sus bendiciones y anatemas...* Pero la idea secularizada de la conciencia la toma sólo como el derecho a pensar, hablar, escribir y actuar, sin ningún pensamiento de Dios... el verdadero derecho y libertad de la conciencia ha venido a ser dispensar la conciencia².

² Diff., II, 247-250.



Newman, segundo desde la izquierda en la primera fila y el grupo de Oratorianos (alrededor de 1875).

En el *Prólogo* a la edición de 1877 de la *Via Media*, Newman, trata de contestar a las objeciones que había introducido en la obra anglicana contra la Iglesia de Roma. Recuerda las tres funciones que le pertenecen (a Cristo) como Mediador: las de Profeta, Sacerdote y Rey. Según esta pauta, y a escala humana, la Santa Iglesia tiene también una función triple: no sólo la profética, ni de una manera aislada, como enseñan prácticamente estas conferencias (las de la obra anglicana), sino tres funciones que, si bien diversas, son inseparables entre sí, a saber: la enseñanza, el gobierno y el ministerio sagrado. El cristianismo es, pues, a la vez una filosofía, un poder político y un rito religioso. Como religión es santo, como filosofía (doctrina) es apostólico, como poder político es imperial, es decir, uno y católico. Como religión su centro de acción especial es el pastor y el rebaño, como filosofía, los institutos de estudio teológico, como gobierno, el papado y su curia. Si bien (el cristianismo) ha ejercido en esencia las tres funciones desde el comienzo, éstas se desarrollaron en sus proporciones plenas, una después de la

otra, en el curso de los siglos. Primero, en los tiempos primitivos fue reconocido como culto religioso, al crecer y difundirse rápidamente entre las clases humildes de la sociedad, y entre los ignorantes y esclavos, haciendo sentir su fuerza mediante el heroísmo de los mártires y confesores de la fe. Luego penetró en la clase intelectual y cultivada, hasta crear un pensamiento teológico junto con escuelas de reflexión doctrinal. Finalmente, como forma de gobierno eclesiástico, adquirió rango entre los príncipes y escogió a Roma por centro.

Respecto de los objetos de cada una de estas tres funciones, Newman dice que la verdad es el principio orientador de las investigaciones teológicas; la devoción y la edificación lo son del culto; y la prudencia eficaz lo es del gobierno. El instrumento de la teología es el razonamiento; el culto se sirve de nuestra naturaleza afectiva; y el gobierno se sirve del mandato y la coerción. Yendo más lejos, en la condición real humana, el razonamiento tiende al racionalismo; la devoción tiende a la supers-

ción y a los estados de exaltación espiritual; y el poder, a la ambición y a la tiranía... ¿Quién es apto para tamaña empresa?... Todo esto fue previsto, sin duda, por la mente divina, cuando confió a su Iglesia una misión tan compleja. El don de la infalibilidad no le asegura, sin embargo, protección total en los ámbitos de gobierno y culto, aunque le libre de errores fundamentales. Tal protección sería solamente la impecabilidad. En consecuencia, por bien que la Iglesia desempeñe sus tareas en general, siempre será fácil a los enemigos lanzar críticas contra ella, bien fundadas o no, a partir de la acción o interacción, de la incertidumbre o retardo temporal, con que ejerce en la práctica sus tres ámbitos... sea por la conducta de sus dirigentes, de sus teólogos, de sus pastores o de su pueblo³.

Newman corrige su visión anglicana que le había llevado a atribuir a las escuelas de teología las corrupciones y demás escándalos que deplora(ba) en la acción de la Iglesia: ahora bien, la ambición, la astucia, la crueldad y la superstición no son de ordinario rasgos característicos de los teólogos, y la tarea normal propia de las escuelas de teología consiste, y ha consistido siempre, en la formación de los decretos teóricos que el autor estima ser la parte menos vituperable de lo que Roma enseña. Las supuestas corrupciones llevan las señales de un origen popular y político, y la teología, en realidad, lejos de estimularlas, ha moderado y corregido los desarreglos cometidos, por debilidad humana, en el ejercicio de los poderes real y sacerdotal. Nunca se halla la religión en mayor peligro como cuando, a consecuencia de las turbulencias nacionales o internacionales, las instituciones de estudio teológico han sido clausuradas y han dejado de existir. Puntualiza en otra parte que,

la Revolución Francesa había destruido las grandes escuelas teológicas de Europa, mientras que el ultramontanismo dominante hacía recaer el acento en la autoridad y la devoción a expensas de la investigación teológica.

El párrafo sobresaliente es aquél en el cual Newman afirma que *la teología es el principio fundamental y el principio regulador de todo el sistema eclesial. La teología es proporcionada a la revelación, y la revelación es la idea inicial y esencial del cristianismo*⁴. Estos conceptos ya estaban incluidos en su *Ensayo sobre el desenvolvimiento de la doctrina cristiana* de 1845, donde enumera sus famosos diez principios permanentes, debajo de los cuales se producen los desarrollos: 1) el principio del dogma (verdades sobrenaturales reveladas, depositadas en lenguaje humano), 2) el principio de la fe (correlativo al dogma, como aceptación de la Palabra divina), 3) *el principio de la teología (pues la fe, siendo un acto del intelecto, abre un camino a la investigación, comparación e inferencia, esto es, para la ciencia en religión, como servicio a ella)*. Los demás son el principio sacramental, el sentido místico de la Escritura, el principio de la gracia, del ascetismo, de la malignidad del pecado, de la materia como capaz de santificación, y el principio mismo del desarrollo⁵.

Newman insiste en el *Prólogo*, que la teología, a la que ahora identifica con el oficio profético mismo, tiene, en cierto sentido, un poder de jurisdicción sobre el oficio real y sacerdotal, lo cual se ve por la necesidad de recurrir al trabajo de los teólogos para mantener dentro de sus límites a los elementos político y popular de la estructura de la Iglesia⁶. "Tomado en sí mismo, -dice el padre Nichols, teólogo inglés dominico-, parecería que implica una subordi-

³ V.M., i, prefacio xxxvi-xxxvii.

⁴ V.M., i, prefacio xlvii-xlviii.

⁵ Dev. 325.

⁶ V.M., i, prefacio, xlviii.

nación radical de la autoridad ministerial y la fe popular al juicio de los teólogos. Pero el pensamiento de Newman es demasiado equilibrado para que esta sea su afirmación final. En primer lugar, para Newman los tres elementos son más tres funciones que tres grupos de personas. Un obispo, por ejemplo, debe ser también un teólogo. Para Newman la jerarquía no puede pasar sin la teología, sin una cuidadosa reflexión y constante retorno a las fuentes de la fe en la Escritura y la Tradición. Asimismo recuerda que *sin embargo, la teología no puede imponerse siempre a su manera; es demasiado sólida, demasiado intelectual, demasiado exacta, para ser siempre equitativa y compasiva. Algunas veces entra en conflicto y sufre derrotas, o ha de consentir en una tregua o una transacción a consecuencia de la fuerza antagónica del sentimiento religioso o de los intereses eclesiásticos*. Newman trae ejemplos para mostrar esto, así como casos de la historia de la Iglesia, donde el Papado tomó medidas que consideró buenas para la Iglesia aun cuando nadie podía defenderlas teológicamente en su momento⁷.

Por otro lado la dimensión religiosa popular condiciona la tarea teológica: *Lo nuevo y extraño, es tan repelente, y a menudo tan peligroso para la mentalidad devota, como lo es la falsedad para la mentalidad científica. Las novedades son a menudo errores para quienes no están preparados para recibirlas... Por eso las ideas religiosas populares plantan cara prácticamente a las más lúcidas afirmaciones, deducciones y precisiones de las escuelas teológicas, y acaban por salirse con la suya, cuando la verdad concreta a que se refieren no es de importancia vital o básica... una proposición puede ser absolutamente verdadera, y sin embargo en un lugar y en un momento concreto puede ser "temera-*

ria, ofensiva a los oídos piadosos, y escandalosa", si bien no "herética" ni "errónea".

Finalmente debemos recordar que en la época de Newman, distinto a la nuestra, los teólogos eran una fuerza conservadora en la Iglesia, que miraba ya al cristianismo primitivo, ya a la tradición escolástica, para su inspiración. Newman los invocaba, pues, con vistas a resistir desarrollos exagerados y unilaterales, tanto en la enseñanza oficial como en la práctica popular. Por todo esto es seriamente anacrónico presentar a Newman y su *Prólogo* como un antecedente o manifiesto a las actividades de teólogos radicalmente disidentes, como los aparecidos en nuestros días después de la crisis comenzada en los años 60.

Respecto a considerar a Newman como teólogo, cabe el comentario de Ian Ker al respecto: "su contribución teológica es mucho más grande que lo que pueden sugerir sus obras específicamente teológicas. Más lejos de ser un teólogo profesional que un pensador cristiano, prácticamente todo lo que escribió es de relevancia teológica. No es sorprendente que su obra asistemática y ricamente variada, haya sugerido que pertenece más al mundo de la patrística que al de la moderna teología. San Bernardo es llamado el último de los Padres porque en él el dogma, la piedad y la literatura son uno...". Así fue Newman.

Hemos llegado a la década del 70, y por no deshilar el tema de la relación entre Magisterio y teología, aún no hemos reparado en la obra que Newman da a luz en el mismo año 1870: su *Grammar of assent* (ensayo sobre el asentimiento religioso). Quería con ella justificar el derecho del hombre a la certeza, especialmente en mate-

⁷ Cfr. Aidan Nichols, *From Newman to Congar*, T&T Clark, Edimburgo, 1990, 68-69.

⁸ V.M., i, prefacio, xlviii-l, lli-liv, lvi.

⁹ Cfr. Ian Ker, *Newman the Theologian*, Collins, Londres, 1990, 64.



Newman con las vestimentas cardenalicias, con acompañantes para el Consistorio. 1879.

ria de religión. Era una respuesta al escepticismo de la época, y el fruto de borradores que durante años había redactado sin poder darle forma final. En la primera parte demuestra el valor de las formulaciones doctrinales en materia religiosa, contra los evangélicos y liberales. No puede haber religión vital opuesta al dogma y a la teología. La devoción queda protegida y orientada por el dogma, que brinda el objeto en el que descansa la imaginación y el afecto religioso. *Sin una proposición o tesis no puede haber asentimiento alguno o creencia... un dogma es una proposición que puede representar a una noción o una cosa; creer un dogma es dar el asentimiento de la mente a esta proposición como representante de la una o de la otra. Dar un asentimiento real a esta proposición es*

un acto de religión; darle un asentimiento notional es un acto teológico... Además las proposiciones son útiles también en su aspecto dogmático para determinar y precisar las verdades en las que la imaginación religiosa debe descansar. El conocimiento debe siempre preceder al ejercicio de los afectos... Aquí tenemos la solución al error común de suponer que hay una cierta contradicción y antagonismo entre un credo dogmático y una religión vital... La teología podría quedar como una ciencia sustantiva sin la vida de la religión, pero la religión no podría mantenerse sin la teología... De esta forma toda religión se apoya en el dogma¹⁰.

El acto de fe es de toda la persona y es un asentimiento real a una realidad concreta. Hace

¹⁰ G.A., 98-121.

su famosa distinción, que hizo escuela, entre asentimiento nocional y asentimiento real. Se puede prestar un asentimiento firme a la realidad de Dios, mayor que el de una noción intelectual. Aquí entra la conciencia, conectando la criatura al Creador y afirmando su existencia personal. Se trata de dar asentimiento real a los dogmas: las afirmaciones del Credo sobre la Santísima Trinidad no tratan de abstracciones sino de realidades. Tomadas de a una estas afirmaciones son objeto de devoción, y sólo cuando se las combina aparece el misterio de la doctrina objeto de teología. En la tradición al credo se lo denomina salmo, es decir oración, y no sólo una recopilación de nociones. *Los Credos tienen un lugar en el ritual: son actos de devoción y tienen el carácter de oraciones que se dirigen a Dios; hablar de dificultades intelectuales en tales oraciones estaría fuera de lugar. Especialmente hay que notar que el Credo Atanasiano ha sido llamado a veces "Salmo Quicumque". No es una colección de ideus de gran peso: Es un Salmo o Himno de alabanza, de confesión, de homenaje profundo y reverente, paralelo a los Cánticos de los elegidos en el Apocalipsis... Es el himno guerrero de la fe, con el cual nos comunicamos a nosotros mismos y luego a los demás, a todos los que puedan llegar a oírlo, a los que llegan a oír la verdad, quién es nuestro Dios, cómo hemos de adorarlo y cuán grande es nuestra responsabilidad si conociendo lo que hemos de creer no lo creemos... Por lo que a mí respecta lo he tenido siempre por el formulario más simple, más sublime, más devoto, nacido del cristianismo, más aún que el Veni Creator o el Te Deum*¹⁰.

Según le dijo a uno de sus oratorianos, la primera parte de este ensayo era para mostrar que se puede creer lo que no se puede compren-

der. La segunda parte intenta mostrar que se puede creer lo que no se puede demostrar completamente. El problema es la certeza y el enemigo que tiene delante es el racionalismo, pero sobre todo la gente común, que habitualmente no puede demostrar o explicar lógicamente su fe. Era la defensa de la fe del carbonero. *Digo pues, que la manera más natural con que raciocinamos no es pasando de proposiciones a proposiciones, sino de cosas a cosas, de lo concreto a lo concreto, de un todo a otro... El asentimiento basado en razonamientos no demostrativos está demasiado reconocido y extendido para que pueda considerarse irracional, a no ser que la naturaleza humana sea irracional; es algo demasiado familiar al hombre prudente e inteligente para que pueda ser una debilidad o una extravagancia. Nadie puede pensar o actuar sin la aceptación de verdades, ni intuitivas ni demostradas, y, sin embargo, absolutas*¹².

Según Newman es la misma mente la que controla sus inferencias informales y naturales. A esta capacidad, que se parece al sentido moral, la denomina *sentido ilativo*. Se vale de acumulación de indicios, de hechos aún pequeños, de experiencias, y también de argumentos, pero ninguno es por sí solo capaz de certeza. No es simple acumulación cuantitativa sino cualitativa. El sentido ilativo no puede generalmente exponer sus razones. *El sentido ilativo consiste en la capacidad de penetrar con rectitud instintiva en los principios, doctrinas y hechos, ya sean falsos ya verdaderos, y para discernir con presteza qué conclusiones son necesarias, convenientes o expedientes si aquéllos se da por supuestos... Esta penetración íntima de un conjunto de datos intelectuales, de nuestra*

¹⁰ Pr. Pos., 388-391.

¹¹ G.A., 132-133.

¹² G.A., 178.

posición mental con respecto a una cuestión particular y de las relaciones de nuestra propia posición con otros puntos de vista posibles es lo primero y lo último en esta facultad o don que yo llamo el sentido racionativo o ilativo, y que es análogo a la "phronesis" en la vida moral y al gusto en las bellas artes¹³.

Los seres humanos extraen, por tanto certeza, de una multitud de probabilidades. Exigir pruebas estrictas para asentimientos y certezas de vida, es pedir que las mentes actúen contra su naturaleza. Newman captó las leyes del pensamiento humano. De alguna manera, con este ensayo, se constituyó en el padre de la apologetica integral, las del padre Rousselot y la de Blondel. Dice el padre Dessain al comentar la obra, que por eso puede ser peligroso apoyarse indebidamente en silogismos y razonamientos discursivos con el fin de reforzar la fe de los jóvenes. Los argumentos contra la religión pueden aparecer más convincentes y lógicos que las respuestas a los mismos, y quizá apenas admiten en absoluto una respuesta en palabras. De ahí que a menudo sea más prudente ofrecerles elementos sobre los que pueda trabajar el sentido ilativo.

Newman termina el ensayo aplicando los principios anteriores en relación a las pruebas a favor de la religión natural y revelada. Como más interesante aparecen las que él llama "disposiciones morales" para la búsqueda de la verdad: *...no tengo escrúpulo en comenzar el examen que voy a hacer del cristianismo haciendo profesión de que me interesaré tan sólo por aquellos espíritus que están debidamente preparados para ellos, y por estar preparado entiendo estar imbuido de las opiniones religiosas y sentimientos que yo he identificado con la religión natural. No me dirijo a aquellos que*

no ven en el mal físico o moral más que imperfecciones paralelas por naturaleza; ni a aquellos que consideran que entre el mal físico y el mal moral no hay más que una diferencia de gravedad; ni a los que dicen que el mal moral es sólo una consecuencia del mal físico y que consiguientemente, si logramos eliminar al segundo, eliminaremos al primero; ni a los que dicen que la raza humana progresa de tal manera que se tiende a la aniquilación del mal moral, o que dicen que el saber es virtud y que el vicio es ignorancia; o que el pecado es una quimera, no una realidad; que el Creador no castiga, si no es en el sentido de corregir; que en Él la justicia sería necesariamente venganza; que todo lo que de Él conocemos, poco o mucho, lo conocemos a través de las leyes de la naturaleza; que los milagros son impensables; que el hacer oración a Él es una superstición; que el temor de Dios es algo inhumano; que el dolor de los pecados es algo servil y abyecto; que el único culto razonable es jugar bien nuestro papel en el mundo y que la única penitencia sensata es obrar bien en lo futuro; que si cumplimos nuestros deberes en este mundo podemos arriesgarnos sobre el futuro; que no tiene utilidad alguna el atormentar nuestras mentes acerca de un estado futuro, porque todo es cuestión de conjeturas. Estas opiniones son características de una edad civilizada... Presupongo pues, que el conjunto de las opiniones expuestas es simplemente falso, puesto que contradice las enseñanzas primarias de la naturaleza humana en todos los lugares donde se halla una religión y donde su actuación puede ser estudiada. Presupongo la presencia de Dios en nuestra conciencia y la experiencia universal, tan viva como nuestra experiencia del dolor físico, acerca de lo que llamamos el sentido del pecado o de la culpabilidad... Partiendo de estos elementos, podemos determinar sin dificultad el género de sentimien-

¹³ G.A., 360s.

tos intelectuales y morales que constituyen la preparación formal para entrar en lo que se llaman las pruebas en favor del cristianismo. Estas pruebas presuponen, la fe y la percepción de la divina presencia, el reconocimiento de sus atributos y la admiración por su persona descubierta debajo de ellos, la convicción del valor del alma y de la realidad e importancia del mundo invisible, la persuasión de que, a medida que participemos en nuestras personas de los atributos que el *Él* admiramos, nos hacemos más amables a *Él*, la consiguiente inteligencia de nuestra culpa y de nuestra miseria, la esperanza anhelo de reconciliarnos con *Él*, el deseo de conocerle y de amarlo y el vigilante estar alerta en todo lo que acontece, tanto en el curso de la naturaleza como en el de la vida humana, para descubrir las prendas que puedan encontrarse de que *Él* ha derramado sobre nosotros lo que tan urgentemente necesitamos. Estos son aspectos del estado de espíritu que yo desearía en aquellos que quieran investigar la verdad del cristianismo¹⁴.

Desde 1863 tenía la idea de publicar nuevamente sus Sermones parroquiales anglicanos, lo cual ocurrió en 1868 y nuevamente en 1877, esta vez junto a todos los escritos anglicanos. Esta edición uniforme publicada por Rivington, se hizo un clásico para católicos y anglicanos. Fueron muy pocas las modificaciones o correcciones. La más notoria fue el nuevo Prefacio para la Vía Media, que ya comentamos. Los escritos de Newman son muchísimos y sólo podemos detenernos en una aproximación como esta en los más relevantes. Cabría recordar su novela *Callista*, ambientada en la época de San Cipriano y las persecuciones al cristianismo antiguo, o la respuesta de Newman a la obra

de Pusey "Eirenicon", donde opinaba que la exagerada devoción católica a la Santísima Virgen era uno de los principales obstáculos para la unidad, a lo cual Newman responde basando la teología y culto marianos en los Santos Padres y poniendo luz sobre los supuestos excesos. También están allí sus semblanzas históricas, el tratado sobre los milagros, artículos varios, la traducción de San Atanasio, escritos sobre Sagrada Escritura, la colección de sus poesías, un tesoro de la literatura inglesa, y sus *Meditaciones y devociones*, publicadas después de su muerte, y que constituyen por sí solas un libro de piedad incomparable. Al final podrá el lector ver el catálogo completo de su obra, y cuáles están traducidas al castellano. Todavía existen escritos inéditos en el oratorio de Birmingham.

Sobre sus cartas, de las que se conservan unas veinte mil, prefiero transcribir lo que dice el padre Dessain, que fue precisamente uno de sus ordenadores y comenzó a publicarlas sistemáticamente: "Su inmensa correspondencia no daba señales de alojarse. Newman la consideraba como una de sus tareas pastorales más importantes. Después de la Apología, cuando volvió a ser una personalidad famosa, respetada por su lucidez comprensiva y su integridad, hombres y mujeres de diversas religiones o de ninguna acudían a él para recibir instrucción y guía... Su fama empezó tan temprano, que las conservaban desde la época del movimiento de Oxford, además de guardarlas, naturalmente, por su belleza e interés intrínseco. Nos ponen en contacto con Newman en persona más estrechamente que ninguna de sus obras. Permiten conocerle casi como un amigo en vida y, a pesar de su reserva, revelan su carácter natural, enérgico, jocoso y práctico. Una de sus máximas

¹⁴ G.A., 416-418.

¹⁵ Cfr. Ch.S.Dessain, op.cit., 221-222.

decía que todas las cosas se pueden hacer de una manera buena o de una manera mala; en sus cartas podemos verle intentando, no necesariamente con éxito, año tras año, hacer las cosas bien”¹⁵.

Esta década del 70 termina para Newman con dos reconocimientos sucesivos. El primero vino de parte del anglicanismo: el presidente del Trinity College de Oxford, su primer colegio, le escribió para pedirle aceptar el título de primer *fellow* honorario, jamás dado hasta entonces. Newman, que llevaba en el corazón al Trinity y a Oxford, volvió allí en febrero de 1878, después de treinta y dos años de ausencia, y sesenta y un años desde el día de su matriculación que hizo acompañado de su padre, con la que comenzó su vida oxoniense.

Pero el siguiente, fue el acontecimiento más notorio desde su conversión al catolicismo, y el reconocimiento más importante que la Iglesia Católica pudo haber hecho a su persona y a su labor. Newman se encontraba, como hasta ahora, en su ‘nido’ de Birmingham, mientras un grupo de laicos liderados por el duque de Norfolk, se dirigieron al Papa recién elevado al Pontificado, León XIII, para solicitarle que nombrara Cardenal a Newman. Parece que León XIII ya había pensado en ello, y probablemente se sabría su estima por Newman, y la ocasión del pedido tan ilustre vino a decidir favorablemente el nombramiento, no sin las intrigas en contra y a última hora del ya Cardenal Manning. Pero prevaleció la verdad y significó una defensa providencial de todo lo que Newman representaba.

Llegó a Roma, por cuarta vez en su vida, el 24 de abril de 1879, acompañado por el oratoriano William Neville, secretario durante sus últimos años. A los tres días el Papa lo recibió en

audiencia privada. Le concedió el privilegio de seguir viviendo en el Oratorio de Birmingham y no en la curia romana o a cargo de una diócesis, como era lo ordinario. Así se cumplía el deseo de no salir de su ‘nido’, lo que por otra parte era ya físicamente imposible. *El Santo Padre me recibió con sumo afecto, sujetando mi mano en la suya. Me preguntó si pensaba continuar al frente de la Casa de Birmingham. Le respondí que dependía de lo que él dispusiera. Me dijo luego que deseaba mi continuación en esa tarea, y habló durante un buen rato acerca de ello, añadiendo que existía un precedente en uno de los cardenales creados por Gregorio XVI. Me hizo diversas preguntas: si nuestra casa era buena, cómo era nuestra Iglesia, cuántos éramos, qué edades teníamos... Me preguntó también dónde había aprendido mi teología, si había sido en el Colegio de Propaganda Fide, etc. Al despedirme le ofrecí un ejemplar de mis cuatro Disertaciones latinas, en la edición romana.*¹⁶ El 12 de mayo recibió el *Biglietto* que le notificaba oficialmente su elevación al cardenalato, y allí, vestido ya con la púrpura cardenalicia, tuvo a su cargo la alocución memorable, su último gran testimonio, del cual recordamos este pasaje:

Me alegra decir que desde el principio me he opuesto a un gran error. Por treinta, cuarenta, cincuenta años, he resistido con lo mejor de mis fuerzas al espíritu del liberalismo religioso. ¡Nunca la Santa Iglesia ha tenido más necesidad de héroes que lo resistan con más urgencia que hoy, cuando, oh, tal error se desparra como una trampa, por toda la tierra! Y en esta gran ocasión en que es natural para alguien que está en mi lugar echar una mirada sobre el mundo y sobre la Santa Iglesia en él, y sobre el futuro, no será considerado fuera de lugar, espero, si renuevo la protesta que he hecho tantas veces. El liberalismo religioso es

¹⁶ L.D., XXIX, 121.

la doctrina de que no hay ninguna verdad positiva en religión, sino que un credo es tan bueno como otro, y ésta es la enseñanza que va ganando fuerza día a día. Es incompatible con cualquier reconocimiento de alguna religión como 'verdadera'. Enseña que todas deben ser toleradas y que son todas materia de opinión. La religión revelada no es una verdad, sino un sentimiento y un gusto; no es un hecho objetivo ni milagroso, y cada individuo tiene el derecho de hacerla decir lo que le impacta más a su fantasía. La devoción no está necesariamente fundada en la fe. Los hombres pueden asistir igualmente a las iglesias protestantes o católicas y pueden sacar provecho de cualquiera de ellas o de ninguna. Pueden fraternizar juntos en pensamiento y sentimientos espirituales, sin tener que mantener en común ningún punto de vista doctrinal, ni ver su necesidad. De ahí que siendo la religión una peculiaridad tan personal y una posesión tan privada, debemos necesariamente ignorarla en las relaciones de los hombres entre sí. Si un hombre se pone una nueva religión cada mañana, ¿qué te importa a tí? Es tan impertinente pensar acerca de la religión de un hombre como acerca de los medios de su familia. En ningún sentido, la religión es una obligación para la sociedad... Hasta ahora el poder civil ha sido cristiano. Aún en países separados de la Iglesia, como el mío, el dicho en vigor era, cuando yo era joven: 'El cristianismo es la ley del país'. Ahora, en todas partes, esa excelente estructura de la sociedad, que es la creación del cristianismo, está echando afuera al cristianismo. El dicho al que me refiero, como cientos de otros que le siguen, se ha ido, o se está yendo de todas partes, y, para fin del siglo, a menos que el Todopoderoso interfiera habrá sido olvidado. Hasta ahora, se ha considerado que la religión sola, con sus sanciones sobrenaturales, era suficientemente fuerte para asegurar la sumisión de la masas de nuestra población a la ley y al orden; ahora los filósofos y los políticos se pliegan a satisfacer este problema sin la ayuda del cristianismo. En lugar de la autoridad



Retrato oficial de Newman Cardenal tomado en Roma, 1879.

y la enseñanza de la Iglesia, ellos colocan primero de todo una educación universal y completamente secular, calculada para convencer a cada individuo que ser ordenado, industrioso y sobrio son su personal interés. Luego, para los grandes principios del trabajo que toman el lugar de la religión, para el uso de las masas educadas cuidadosamente de este modo, se provee de las amplias y fundamentales verdades éticas de justicia, benevolencia, veracidad y similares, probada experiencia, y esas leyes naturales que existen y actúan espontáneamente en las sociedad y en cosas sociales, sean físicas o psicológicas, por ejemplo, en el gobierno, comercio, finanzas, experimentación sanitaria, y las relaciones internacionales. En lo que concierne



Newman trabajando en su escritorio, poco antes de su muerte.

a la religión es un lujo privado, que un hombre puede tener si lo desea; pero por el cual, claro está, debe pagar, y sin el cual no debe entrometerse ni molestar a otros... El carácter general de esta 'gran apostasía' es único y el mismo en todas partes, pero en detalle y características varía según los diferentes países... Jamás el Enemigo ha planeado una estrategia más inteligente y con tanta probabilidad de éxito...¹⁷

Es interesante: Newman fue combatido por los liberales ingleses, y tachado de liberal por ciertos personajes del mundo católico fuera de Inglaterra. León XIII le confió a Lord Selbourne en una audiencia de 1888: "¡Mi Cardenal! No fue fácil, no fue fácil... Ellos dijeron que era demasiado liberal; pero yo había determinado honrar a la Iglesia honrando a Newman. Siempre tuve admiración por él. Estoy orgulloso de haber podido honrar a semejante hombre". Nos imaginamos quienes eran "ellos": los mismos que lo acusaron de modernista años más tarde. Entonces fue Pío X el que salvó la ortodoxia del gran Cardenal. No cabe duda que fue un hombre excepcional para una época de excepcional confusión, y por eso sigue vigente como maestro y guía casi profético, en un mundo que ha ahondado aquella descripción de fines de siglo XIX que hizo en su alocución, a las puertas ya del tercer milenio. El relativismo religioso y moral imperante, desafío primordial para la Iglesia actual, necesita de Newman y de hombres como él. Esta es algo más que una intuición o frase final admirativa. La notoria expansión que ha tenido su pensamiento en los últimos años en todo el mundo, es una prueba de ello; la inclusión de su enseñanza en los textos del Magisterio de la Iglesia, su ratificación más solemne.

Newman acabó su alocución con palabras esperanzadas: *El cristianismo ha estado demasiadas veces en lo que parecía un fatal peligro,*

para que ahora nos vaya a atemorizar una nueva prueba. Todo esto es cierto. Son imprevisibles por el contrario las vías por las que la Providencia rescata y salva a sus elegidos. A veces, nuestro enemigo se convierte en amigo; a veces se ve despojado de la capacidad de mal que le hacía temible, a veces se destruye a sí mismo; o sin desearlo produce efectos beneficiosos, para desaparecer a continuación sin dejar rastro. Generalmente la Iglesia no hace otra cosa que perseverar, con paz y confianza, en el cumplimiento de sus tareas, permanecer serena, y esperar de Dios la salvación ¹⁸.

Recibió el capelo cardenalicio el 15 de mayo en el Consistorio. La designación del Papa lo creaba Cardenal diácono, y se le designaba como a todos los cardenales la titularidad de una iglesia de Roma. La suya fue San Giorgio in Velabro, la antiquísima iglesia cercana al Foro romano. El lema que eligió para su escudo cardenalicio fue *Cor ad cor loquitur*, el corazón habla al corazón, todo un símbolo de visión personalista de la relación entre el hombre y Dios y de los hombres entre sí. También podría evocar un modo de conocimiento diferente de la visión racionalista imperante, una síntesis de su *Grammar*. Pero más aún evoca la filosofía de San Agustín y de Pascal, y por cierto la misma terminología bíblica cuando quiere referirse a la sede de las decisiones profundas del ser humano.

El 1º de julio estaba de regreso en su hogar oratoriano.

Habiendo terminado este largo capítulo, que ha girado en torno a este hogar de Birmingham, es apropiado citar unas palabras dirigidas a la comunidad aquella, en 1854, y que muestran el afecto a este ambiente filipino: *Cuando miro ocho o nueve años atrás y traigo a la memoria los cambios que han ocurrido en mi*

¹⁷ Ward, 460-462.

¹⁸ *Id. anterior.*

vida, apenas podía imaginarme que en el transcurso de un período tan corto me iba a encontrar en una casa como ésta, que es un auténtico hogar en todos los sentidos del término, espiri-

tuales y materiales. Como Príncipe de la Iglesia, pudo haber dicho lo mismo, mirando los treinta y un años transcurridos desde su llegada allí. Todavía viviría once años más en aquella casa.

IV EL HOGAR ETERNO

Su llegada a Birmingham dio comienzo a una seguidilla ininterrumpida de agasajos, reconocimientos, visitas e invitaciones varias. Newman se había convertido en el hombre del momento, en una especie de héroe nacional, aún para el anglicanismo, en la medida que era universalmente reconocido un inglés. El periódico *The Month* escribió: "...aún los protestantes ingleses están orgullosos de Newman como de un gran caballero inglés, y es evidente que entienden que el honor conferido redunda en parte sobre toda la nación de la cual él es hijo..." Fue nuevamente a Oxford, al Trinity dos veces, y predicó dos sermones en 1880 en la Iglesia de St. Aloysius de los jesuitas, hoy sede desde hace cuatro años del oratorio de Oxford, que él no había podido fundar allí. No predicaba en Oxford desde 1843. No es difícil imaginar lo que hubo de significar esto para él.

Los años comenzarán a fluir plácidamente, pero Newman envejecía. En 1882 escribe: *Hablo con dificultad; apenas puedo andar y nunca lo hago sin peligro de tropezarme. Me cuesta un gran esfuerzo subir y bajar escaleras. Leo con incomodidad. Sólo consigo escribir con mucha lentitud; estoy prácticamente sordo*¹⁹. En su escritorio había ahora una pequeña capilla, tal como se ve hoy, con un cuadro de San Francisco de Sales, donde celebraba su Misa privada diaria.

Le alegró sobremanera la Encíclica *Aeterni Patris* de León XIII, sobre la enseñanza de Santo Tomás de Aquino en la teología católica. Le envió al Papa una carta en la que decía: *Dirijo estas líneas a vuestra Santidad para expresar el agradecimiento que todos sentimos por la oportuna Encíclica que habéis publicado. Todos los buenos católicos deben considerar como una primera necesidad que el ejercicio del intelecto, sin el que la Iglesia no puede cumplir adecuadamente su misión, se fundamente en principios que sean a la vez amplios y verdaderos, que las creaciones especulativas de sus teólogos, apologistas y pastores estén arraigadas en la tradición del pensamiento católico y no tengan que comenzar de una tradición simplemente nueva, sino que formen unidad con las enseñanzas de San Atanasio, San Agustín, San Anselmo y Santo Tomás, al igual que estos grandes doctores se identifican unos con otros en lo sustancial*²⁰.

También se alegró cuando en 1886 el Papa beatificó a otro Tomás, el inglés, aquel gran humanista, padre de familia y abogado, canceller de Inglaterra y mártir de la fe, que fue Tomás Moro.

En 1888 la pintora Emmeline Deaine y el pintor John Millais hicieron sendos retratos de Newman con sus vestimentas cardenalicias, que

¹⁹ L.D., XXX, 134.

²⁰ L.D., XXIX, 212.

están expuestos en la National Gallery de Londres, donde, con motivo del centenario de su muerte en 1990, se realizó una exposición de fotografías, objetos y recuerdos de su vida. Es interesante mirar las fotos que le fueron tomadas desde sus sesenta años en adelante: en las primeras aparece con expresión muy triste propia quizá de aquel período difícil, luego con la serenidad que caracterizó sus últimos años. Las hay en compañía de los oratorianos de entonces, y una en Roma, recién creado Cardenal. Dos fueron tomadas poco antes de morir, en una de frente vestido con todas las galas cardenalcias, púrpuras con ribetes de armiño blanco, y otra sentado en su escritorio escribiendo, muy inclinado, pues ya veía muy poco.

A pesar de esta dificultad, siguió escribiendo cartas, terminó su traducción de las obras de San Atanasio para adjuntarlas a la edición uniforme, y dio a luz un artículo, publicado en el número de febrero de 1884 de la revista "The Nineteenth Century" sobre *La inspiración en su relación con la revelación*. Allí afirmaba que la inerrancia de la Sagrada Escritura como documento religioso no incluía necesariamente los *obiter dicta* (las cosas dichas de paso) sobre asuntos científicos o históricos, pero sí todo lo relativo a la fe y la moral y la historia vinculada a ellos. Esto no fue aceptado por muchos entonces, pero finalmente el Concilio Vaticano II refrendó esta afirmación cuando dice que la Biblia enseña sin error la verdad que Dios quiso que se consignara en los escritos sagrados para nuestra salvación.

Quedan testimonios de quienes le veían en estos últimos años. Dice el oratoriano Bacchus: *llevó a la perfección el arte de ser normal y corriente. Participaba en el refectorio y la recreación comunitaria, se dedicaba a sus*



Foto de Newman Cardenal a los 85 años.

*deberes ordinarios. conversaba sin amanneramientos de ninguna clase. No tenía manías ni rarezas... tenía paciencia para aguantar aquel tipo de molestias que ponen a prueba a las personas ancianas, como los ruidos, tener que esperar o la precipitación por parte de los jóvenes*²¹. Dice el deán Church, de la catedral de San Pablo de Londres, con quien pasaba a veces unos días: *tuvimos tres días al cardenal con nosotros. Fue tan perspicaz, amable y afectuoso como siempre... Se hizo cargo plenamente*

²¹ Cfr. Francis Bacchus, *The Eighteen-Eighties*, Cambridge, 1930, 71-72.

de todo lo que sucedía alrededor de él, aunque fue cauteloso y reservado como era su deber. Pero la antigua sonrisa, el centelleo de la mirada y la ironía ingeniosa y significativa, todo sigue en él²². En otro escrito decía Church: la naturalidad de Newman tiene que ver indudablemente con el buen gusto y los buenos modales, pero tiene que ver otro tanto con la rectitud moral, con el hábito arraigado de la sinceridad consigo mismo, con la obstinada preferencia de la realidad por encima de la exhibición por tentadora que ésta sea, con la saludable capacidad de pensar poco en sí mismo²³.

En la Navidad de 1889 celebró la Misa por última vez. Sin embargo albergaba esperanzas de poder celebrar nuevamente, para lo cual aprendió de memoria las Misas de la Santísima Virgen y de los Difuntos. Todos los días repetía una u otra.

El 10 de agosto de 1890 recibió con toda lucidez los últimos sacramentos y entregó su alma al Señor al día siguiente. Se había mudado al hogar definitivo, en el mundo invisible, que existe tan realmente como el mundo que vemos. Sí, debemos volver a aquel sermón, quizás el más bello de todos, y citar nuevamente el final: *¿Quién podría pensar sin la experiencia de primaveras anteriores, quién podría concebir dos o tres meses antes, que la naturaleza, aparentemente muerta, pudiera llegar a ser tan espléndida y tan variada?... Así es que en el buen tiempo de Dios, las hojas vienen a los árboles. La estación puede demorarse, pero llegará finalmente. Lo mismo ocurre con esta primavera eterna que esperan todos los cristianos. Llegará aunque haya que aguardar... ¿Quién puede imaginar, por un esfuerzo de la fantasía, los sentimientos de aquellos que, habiendo muerto en la fe, despierten al gozo?... visitados por la inefi-*

ble y visible Presencia del Dios Altísimo, con Su Unigénito Hijo Nuestro Señor Jesucristo y Su Igual u Coeterno Espíritu, esa gran visión en la cual será la plenitud de gozo y placer para siempre, ¡qué profundidades se conmoverán dentro nuestro!, ¡qué secretas armonías despertadas, de las cuales la naturaleza humana parecía incapaz! Las palabras de la tierra son ciertamente incapaces de servir a tan altas anticipaciones. Permitidnos cerrar nuestros ojos y hacer silencio.

John Henry Newman fue sepultado en Rednal, a las afueras de Birmingham, en el cementerio de los oratorianos, en la misma sepultura de su amigo Ambrose St. John, bajo una simple cruz de piedra. El epitafio lo redactó él mismo:

EX UMBRIS ET IMAGINIBUS IN
VERITATEM

(desde las sombras y las imágenes
hacia la Verdad)

Hubo un funeral solemne en Londres, en el Oratorio de Brompton, con gente venida de toda Inglaterra, Escocia, y aún Irlanda. La homilía estuvo a cargo del Cardenal Manning, que entre muchas cosas dijo: *Cuando yo tenía veinte años y él se aproximaba a los veintiocho, recuerdo su figura, su voz, y las palabras penetrantes que salían de sus labios en la iglesia universitaria de Oxford. Después de verle y oírle una vez, no dejé nunca de asistir a aquella predicación... Si hubiera falta alguna prueba de la inmensa obra que ha realizado en Inglaterra, sería suficiente observar lo ocurrido durante estos días... No era fácil predecir que la voz pública de Inglaterra, en toda su diversidad política y religiosa, se uniera en el afecto y la veneración hacia un hombre que había roto barreras sagradas y desafiado prejuicios religiosos de modo contun-*

²² Cfr. Mary Church, *The Life and Letters of Dean Church*, Londres 1894, 321.

²³ Cfr. R.W. Church, *Occasional Papers*, II, 479-480.

dente. Había cometido un pecado que hasta el momento era imperdonable en la nación: hacerse católico, como lo fueron nuestros padres. Y sin embargo ningún inglés en nuestra memoria ha sido objeto de una veneración tan amante y sincera. Alguien ha dicho: 'lo canonicé o no Roma, será canonizado en la mente de gente religiosa de todos los credos en Inglaterra'. Es verdad... Sus escritos están en vuestras manos. Pero más allá del poder de los libros, hemos experimentado el ejemplo y la influencia de su vida... Una vida bella y noble es la predicación más convincente y persuasiva, y todos hemos sentido su poder... La historia de nuestro país recordará desde ahora el nombre de John Henry Newman entre los más grandes de nuestro pueblo, como confesor de la fe, maestro de hombres, y predicador de la justicia, la piedad y la compasión²⁴.

Parafraseando a Manning, podemos decir mejor, que Newman es recordado entre los más grandes hombres de la Iglesia universal. Cuando se celebró, con motivo del centenario de su muerte, un simposio en Roma, el Papa Juan Pablo II, en su discurso, reconocía el "lugar especial que ocupa ese gran cardenal inglés en la historia de la Iglesia. Han pasado cien años desde su muerte, pero no ha disminuido la importancia de esta extraordinaria figura, muchas de cuyas ideas disfrutaban de particular relevancia en nuestros días. El tema de vuestro simposio, 'John Henry Newman, amante de la verdad', señala una razón más de la atracción continua que ejercen la vida y los escritos de Newman. Él buscó a lo largo de toda su vida la única Verdad que hace libre al hombre"²⁵.



Tumba de Newman en Rednal.

El 22 de febrero de 1991, el Santo Padre Juan Pablo II aprobó las virtudes heroicas del Siervo de Dios John Henry Cardenal Newman, declarándolo Venerable. El postulador de la causa fue desde entonces el recordado Padre Vincent Blehl SJ, fallecido hace poco. Ahora es postulador el R.P. Paul Chavasse, Superior del Oratorio de Birmingham. Desde 1991, un año después de la fundación de nuestra Asociación Newmaniana en la Argentina, sus amigos de hoy esperamos con solicitud la pronta beatificación. Oremos por su intercesión en nuestras necesidades.

²⁴ Cfr. E.S.Purcell, *Life of Cardinal Manning*, Londres, 1895, II, 749-750.

²⁵ Cfr. *John Henry Newman, Lover of Truth, Academic Symposium*, Pontificia Universitas Urbaniana, Roma 1991, 11.

Sueños

(Dreams)

TRADUCCION
JORGE FERRO

Oh! miserable power
To dreams allow'd, to raise the guilty past,
And back awhile the illumined spirit to cast
On its youth's twilight hour;
In mockery guiling it to act again
The revel or the scoff in Satan's frasnatic train!

Nay, hush thee, angry heart!
An Angel's grief ill fits a penitent;
Welcome the thorn -it is divinely sent,
And with its wholesome smart
Shall pierce thee in thy virtue's palmy home,
And warn thee what thou art, and whence
thy wealth has come.

Paestum
February 26, 1833

Oh, mísero poder
concedido a los sueños: evocar el pasado culpable,
y volver un instante el espíritu iluminado
para arrojarlo sobre la hora crepuscular de su
juventud,
remediándola insidiosa para fingir otra vez la
algazara
o el escarnio en el frenético séquito de Satán.

No, cállate, corazón enfadado!
No conviene a un penitente la pena de un ángel.
Recibe agradecido la espina, divinamente enviada,
que con su saludable ardor
penetra el floreciente hogar de tu virtud.
Y te revela lo que eres,
y de dónde te viene tu riqueza.

Historical Sketches, volumen II:
La Iglesia de los Padres
Capítulo IV

Elevación y caída de Gregorio

TRADUCCIÓN
INÉS DE CASSAGNE

*¿Quién me dará en el desierto un asilo de viajero? Entonces dejaré mi gente y me alejaré de ellos.
Pues todos son adúlteros, una asamblea de transgresores; y han tensado su lengua,
como un arco, para lanzar mentiras, no verdad.*

1

Esto es para ti, Basilio, de mi parte –así Gregorio hace volar su discurso hacia Basilio,– ¡a ti esta ofrenda desde una lengua que una vez te fue muy querida! ¡de parte de tu compañero en honor y en edad! Si alcanza a ser digna de ti, el mérito es tuyo; pues es apoyándome en ti que he emprendido esta oración que te concierne. Pero si resulta inferior y muy por debajo de mi anhelo, ¿qué podía esperarse de alguien doblegado por los años y los disgustos, y que te echa de menos? Sea como sea, Dios acepta la intención de hacer lo mejor que podemos. ¡Y tú, corazón divinizado y sagrado, vela desde arriba sobre mí! ¡Que por tu intercesión me vea libre de esta espina en mi carne que Dios me ha dado por disciplina, o bien convénceme que la soporte con coraje! ¡Ojalá puedas dirigir mi vida entera hacia lo más conveniente! ¡Y que cuando tenga que partir de aquí, puedas entonces recibirme tú en tus tabernáculos! (Orat. 43)

Gregorio compuso este discurso al retornar a Cesarea desde Constantinopla, tres años después de la muerte de Basilio; tres años muy ocupados, turbulentos y llenos de acontecimientos, durante los cuales se había mostrado completamente diferente de lo que fuera antes. Mas ahora todo había pasado y terminado, y estaba

a punto de retomar aquella misma soledad en que estaba cuando murió Basilio.

Gregorio detestaba el trato social rutinario; detestaba los negocios eclesiásticos, detestaba la publicidad, detestaba la lucha, sentía sus propias múltiples imperfecciones, temía deshonorar su profesión, y perder su esperanza; amaba la independencia de la soledad, la tranquilidad de la vida privada; el ocio para la meditación, la reflexión, para autogobernarse, para el estudio, y la literatura. Admiraba, pero satirizaba, los pensamientos elevados y los heroicos esfuerzos de Basilio. Sin embargo, a su muerte, se hubiera dicho que el espíritu de Basilio se instaló en Gregorio: en cuatro meses se había convertido en el predicador de la fe católica en una metrópoli herética, había formado una congregación, había instalado un lugar aparte para el culto católico y había sido lapidado por el pueblo. ¿Era Gregorio o era Basilio el que sonaba la trompeta en Constantinopla, y llevaba adelante una guerra exitosa en la propia sede del enemigo, a pesar de todas las fluctuaciones de su espíritu, de todas sus vacilaciones, de sus decepciones, de su disgusto por sí mismo y su amor por la calma? Tal era el poder del gran Basilio, triunfante en su muerte tras haber sido derrotado a lo largo de su vida. En el lapso de cuatro o cinco años desde su partida hasta su recompen-



San Gregorio de Nacianzo, patriarca de Constantinopla

sa, se habían realizado, o estaban por realizarse, todos los objetivos que él se había propuesto, a los que vanamente había apuntado y aguardado con dolor. Sus ojos habían desfallecido en la espera: esperando que amaneciera, antes se los cerró la muerte. Basilio falleció el 1^o de enero de 379; el 19 del mismo mes, fue revestido con la púrpura imperial el glorioso emperador Teodosio; a partir del 20 de abril, Gregorio había formado una Iglesia en Constantinopla; en febrero del año siguiente, Teodosio se pronun-

ciaba a favor del Credo de Nicea; en noviembre, devolvía las iglesias de Constantinopla a los católicos. En el próximo mayo convocaba en esta ciudad el segundo Concilio General, que consiguió la pacificación de la Iglesia de Oriente, con el rechazo de la gran herejía que la había estado turbando¹ (y en alguna medida, para el futuro) logró la unión con la Iglesia de Occidente. *"Preciosa in conspectu Domini mors sanctorum eius"*²

¹ La herejía de Apolinar, según el cual El Verbo no hubiera asumido toda la naturaleza humana sino sólo la parte superior del alma —en consecuencia, la redención era ineficaz pues no abarca a toda la naturaleza humana; es una reducción de la "encarnación", mientras la herejía de Arrio, condenada en el Concilio de Nicea, de 325, desmerecía "lo divino" en Jesús. Contra esto el Credo de Nicea afirmaba que Jesús: era "Dios de Dios, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, consubstancial al Padre".

² Refiriéndose a Basilio, cita el salmo: "preciosa es ante los ojos del Señor la muerte de sus santos".

Tales fueron las circunstancias. Gregorio había atravesado por múltiples pruebas y trabajos. Él, anteriormente recluso, había llegado a ser a un tiempo predicador, confesor, metropolitano y presidente de un Concilio General. Ahora volvía a Asia como simple Gregorio, para ser lo que había sido antes, para meditar y hacer penitencia; para leer y escribir poemas, para hacer silencio como en los primeros años. Salvo que ahora estaba solo³ –su amigo muerto, su padre muerto, su madre muerta, muerto su hermano Cesáreo y muerta su hermana Gorgonia, y él mismo muerto al mundo, si bien vivo aún en la carne durante unos ocho penosos años. En tal momento y en Cesarea, escenario de los trabajos de Basilio, Gregorio hizo el discurso al que nos hemos referido arriba, invocando al espíritu glorificado de Basilio. Y su invocación termina así:

Y cuando yo me vaya de aquí abajo, que puedas tú recibirme en tus tabernáculos. Así, habitando juntos y contemplando juntos con más claridad y perfección la Santa y Bienaventurada Trinidad (cuya visión recibimos ahora en pobres vislumbres), que podamos llegar a la meta de todos nuestros deseos, y recibir el premio del combate que hemos sostenido y soportado. A ti, pues, estas palabras mías; pero de mí ¿quién hará la alabanza, al dejar la vida después que tú? Que al menos pueda vivirla de manera digna de elogio: en Cristo Jesús nuestro Señor, a quien sea la gloria por siempre- Amén.

2

Las circunstancias que llevaron a Gregorio a Constantinopla fueron las siguientes: en ese momento hacía unos cuarenta años que la Iglesia de Constantinopla había perdido la bendición previa de la ortodoxia, en la enseñanza y en

la liturgia. Pablo, el que fuera elegido al comienzo de aquel período, había sido desterrado cuatro veces por el partido arriano y sufrió al cabo el martirio. Había sido suspendido en su sede, primero por Eusebio, el jefe de los arrianos, quien negaba la divinidad del Señor; luego por Macedonio, cabeza de quienes negaban la divinidad del Espíritu Santo; y después por Eudoxio, el que arrianizó a las tribus de los godos. Al morir este último –año 379–, el resto de los católicos eligieron como obispo a Evagrio, pero éste fue desterrado inmediatamente por el emperador Valente; y cuando ellos le pidieron que revisara tal decisión, los ochenta eclesiásticos que le llevaron sus quejas, por este su cristiano celo fueron sometidos a un atroz castigo: quemados vivos en el mar sobre el mismo barco en que los embarcaron. En aquel año 379, accedió al trono del imperio oriental el ortodoxo Teodosio, pero este hecho no modificó enseguida el destino de la Iglesia en su metrópolis. El conjunto del pueblo y, cosa rara, en su mayoría las mujeres, permanecían aferradas al arrianismo, y amenazaban con violencias a quien se atreviese a predicar la doctrina verdadera. Tal era el estado interno de la Iglesia. A esto hay que agregar la actitud de sus enemigos externos: los Novacianos, los Eunomianos, y los Apolinaristas semi-arrianos. A éstos ya nos hemos referido. Los Novacianos, aunque en doctrina eran ortodoxos, poseían un episcopado cismático con numerosos templos en la ciudad. Los Eunomianos enseñaban descaradamente la herejía arriana y habían establecido un obispo suyo. Así estaban las cosas cuando los fieles a la ortodoxia en la Iglesia de Constantinopla, apoyados por los obispos vecinos, lo invitaron a presidirla a Gregorio –cuyas dotes intelectuales y religiosas conocían bien–, en lugar del herético Demófilos, al que Valente había instalado allí hacía tres años.

³ Nota de Newman: *Vid. Greg. Ep. 80, y Carm. p. 990*

La actuación de Gregorio y sus peripecias en Constantinopla pueden ser resumidas en pocas palabras. Gracias a la generosidad de un pariente, se le acondicionó un lugar de culto. Allí empezó a predicar la doctrina verdadera: al principio, en medio del desprecio, luego en medio de la rabia y la violencia, de la población arriana. Su auditorio fue creciendo; él fue lapidado por la multitud, y llevado ante las autoridades civiles, acusado de provocar un motín. Sin embargo, finalmente fue reconocido como obispo por Teodosio, quien, al visitar la capital, le acordó las prebendas temporales de su sede.

Así y todo, continuaba la oposición popular y lo seguían vejando los demás obispos, por lo cual, durante las sesiones del segundo Concilio General convocado en Constantinopla⁴, Gregorio renunció a dicha sede episcopal.

No agregaré nada más acerca de la carrera pública de San Gregorio; pero antes de dejar este tema me veo tentado a hacer dos reflexiones.

Primero, tenía cincuenta años cuando fue llamado a Constantinopla –consolador pensamiento para quienes ven que la curva de sus vidas corre bajo sus pies sin que hayan hecho nada aparentemente–. Gregorio no fue nada hasta llegar a ser casi un viejo; si hubiera muerto a la edad en que murió Basilio, no hubiera hecho nada. Eran coetáneos, y a la misma edad, Basilio había completado su obra y fue arrebatado; antes que Gregorio en cambio comenzara la suya.

La segunda reflexión que surge de por sí es: en qué poco tiempo cumplen los hombres la obra para la cual nacieron y que ha de darles un nombre para la posteridad. En la historia se los conoce como los promotores o como los instru-

mentos de dicha obra –como gobernantes, políticos, filósofos, o combatientes–; y cuando nosotros examinamos las fechas, con frecuencia descubrimos que las hazañas, o los descubrimientos, o la influencia, que los hizo famosos, no duró más que pocos años en sus largas vidas, como las plantas que florecen una vez y nunca más. Sus temperamentos éticos, sus talentos, sus adquisiciones, sus acciones, aparecen concentradas en una crisis. En lo referente a los anales del mundo, no revelan su existencia ni antes ni después. Gregorio vivió sesenta años: su carrera eclesiástica duró solamente tres.

3

Cuando, dejando de lado esa vida eclesiástica, enfocamos a Gregorio en su carácter personal, aparece ante nuestros ojos el cuadro de un hombre de cálidos afectos, disposición amable, y vida inocente. Como hijo, lleno de respeto, ternura y atenta solicitud; como amigo o compañero, vivaz, alegre, y de corazón abierto; desbordante de espontáneos sentimientos y expresándolos fácilmente; simple, bueno, humilde, sencillito. Sus aspiraciones eran elevadas, propias de un santo, su vida fue extremadamente ascética, y su conciencia, todavía más sensible a lo enfermo y pecaminoso. Al mismo tiempo, se sentía afectado por alternancias de sentimientos; no tenía la fortaleza de mente ni el autocontrol requeridos para resistir todo el tiempo; y estaba sujeto, hasta muy mayor, a asaltos de irritabilidad, de miedo y otras pasiones, que uno pensaría podría haberlas vencido, no digamos ya con auto disciplina, sino con los años. Eran meras tentaciones y defectos que no le impidieron para nada llegar a ser un santo: resultan por ello consoladoras para nuestros corazones débiles y nuestras frágiles voluntades. El precedente de Gregorio nos

⁴año 381.

ánima: el ser como somos no obstaculiza el favor de Dios. Estos son algunos de los rasgos principales del carácter de Gregorio; y los extractos de obras suyas que siguen, en verso y prosa, tienen por objeto ilustrarlos en cierta medida.

A primera vista, muchos podrán sorprenderse ante el estilo retórico de sus sermones, o mejor dicho, sus oraciones, como justamente se les llama. El pasaje que sigue da cuenta de esta característica. Él consideraba que en Atenas, estando todavía en el mundo, había ganado un precioso talento, la ciencia de pensar y de decir; y después consideró que no debía renunciar a lo que tanto le había costado, sino consagrarlo a usos religiosos:

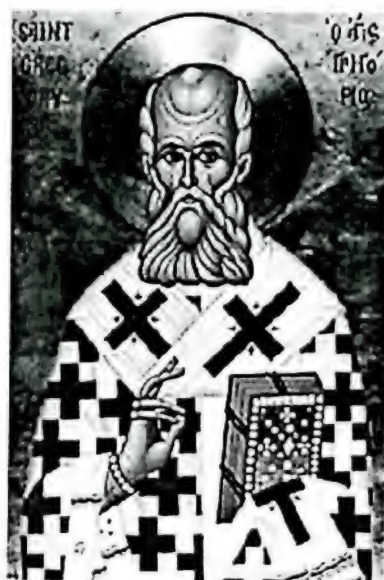
Esto se lo ofrezco a Dios, dice, le dedico lo único que me es propio, lo único en lo cual soy rico. Pues he sometido todas las demás cosas a los mandamientos y al Espíritu; y he cambiado todo lo que tengo por la perla preciosa; y me he convertido, o trato de convertirme más bien, en el gran mercader que compra cosas grandes e imperecederas con lo que es pequeño y perecedero. Yo solamente retengo el discurso, como siervo de la Palabra, y nunca descuidaría voluntariamente esta posesión; sino la honro y la abrazo; y me complazco más en él, que en las otras cosas en que se complace la mayoría; y hago de él mi compañero, y buen consejero, y asociado, y guía hacia el Cielo, y compañero siempre listo. Yo le he dicho a la Sabiduría: "Tú eres mi hermana". Con esto refreno mi ímpetu colérico, con esto apaciguo la devastadora envidia, con esto aquieto la pena que encadena el corazón, con esto contengo la ola del placer, con esto pongo un freno, no a la amistad, sino a la antipatía. Esto me modera en la buena fortuna, y eleva mi alma en la pobreza; esto me anima a correr con el viajero próspero y a tenderle una mano al que se cae; a ser débil con el débil, y alegre con el fuerte. Con esto, el hogar y la tierra extranjera son lo mismo para mí, así como los cambios de lugar, sin sentirme extraño

ni tampoco aflincado. Esto me hace ver la diferencia entre dos mundos, me retira de uno y me une al otro. (Orat.6,6)

Cuando fue ordenado sacerdote, se fue rápidamente al Ponto, y solo después de un tiempo volvió a Nacianzo. Y explica:

La causa principal fue mi sorpresa ante este evento inesperado. Como los que se quedan consternados por sonidos repentinos, no pude contener mi poder de reflexión, y por eso le tomé grima a mi propiedad, que hasta entonces me había gustado. Además, me atraía de por sí la belleza moral de la quietud y el retiro. En verdad, me había sentido atraído por esto desde el principio, más que cuantos estudiaron letras, y cuando estuve en grave peligro hice voto de entregarme a esta vida, e incluso llegué a su umbral. Por esta razón no soportaba ser tiranizado y arrojado en medio del tumulto, ni que me arrancaran de este género de vida, cual de un sagrado asilo. Pues me parecía que nada podía superar al momento en que, cerrando los sentidos, libre de la carne y del mundo, retirado en mi interior y sin tocar nada humano, excepto lo estrictamente necesario, podía conversar conmigo y con Dios, y vivir por encima de las cosas visibles, sosteniendo la divina visión siempre clara, pura de las impresiones movilizadas del mundo; en un verdadero espejo impoluto de Dios, ahora y siempre, agregando luz a luz, más brillo a lo tenue, recogiendo incluso ahora en esperanza la beatitud del mundo futuro, -y asociado a los Ángeles a pesar de estar aún en la tierra, dejando la tierra al ser elevado por el Espíritu. Quienquiera haya sido rozado por este amor, conoce lo que estoy diciendo, y ha de ser indulgente conmigo al valorar aquellos momentos. (Orat.2)

Se confiesa incapaz de forzarse para emprender un gran riesgo, ni de intentar aventuras ambiciosas, por lo cual prefiere resguardarse y mantenerse a salvo.



San Gregorio de Nacianzo
Patriarca de Constantinopla

¿Quién se expondría, cuando ni siquiera se ha consagrado ni ha aprendido todavía a recibir la oculta sabiduría de Dios en el misterio? ¿Quién se arriesgaría, siendo todavía casi un bebé que se alimenta de leche, que no cuenta aún en Israel y no está en condiciones aún de ser alistado en el ejército de Dios, que todavía es incapaz de cargar virilmente la Cruz de Cristo, no siendo ni siquiera un miembro honroso de su Cuerpo? ¿Quién, a pesar de todo esto, se prestaría con rapidez y gozo a ser colocado a la cabeza de la plenitud de Cristo? Nadie, —si se me permite el consejo—, porque este puesto implica la máxima inquietud, el máximo peligro, para quien comprenda la grandeza de cumplir con éxito y qué ruinoso en cambio sería fallar. Por esto digo: que otro navegue y comercie, cruzando el vasto océano, a merced de la compañía constante de los vientos y las olas², para ganar mucho, si puede, con gran riesgo.

Esto puede convenirle a un hombre apto para la navegación y el comercio. Pero yo prefiero mantenerme en la tierra, trabajando un campito pequeño y querido, saludando a distancia al lucro y al mar, y poder vivir así, de una simple hogaza de pan, subsistiendo a lo largo de una existencia sin inquietudes y sin pretensiones, en lugar de aventurarme en peligros enormes por una ganancia enorme. Ciertamente, para una mente encumbrada es un castigo no lograr grandes cosas, no ejercer sus capacidades dirigiendo a mucha gente, y tener que resignarse en cambio a lo pequeño: sería como usar una luz potente para alumbrar a una casita o la armadura de un hombre para ponerla a un niño. Pero para el pequeño es bueno arrastrar un peso pequeño, y no emprender cosas más allá de su poder, que lo expondrían tanto al ridículo como al riesgo. Igualmente, corresponde que construya una torre sólo aquel que está en condiciones de terminarla³. (Orat.2)

+

Claro está que el amable y humilde Gregorio resultaba incapaz de gobernar aquella Iglesia y provincia de Constantinopla, indignas de él, aunque lo reclamaban. Basándose en acusaciones de incompetencia, la oposición logró prevalecer en su contra durante el segundo Concilio General. El próximo extracto nos mostrará qué idea de “aptitud” apreciaban sus enemigos. La verdad es que Gregorio no era para nada lo que se llama, con razón o no, un hombre de partido. Si bien quizás carecía de la sagacidad, penetración, vigor y decisión, que a un hombre público le vale a veces ser tachado de tal, por otro lado en cambio poseía cualidades que lo libran de ese reproche: un corazón bondadoso,

² quiere decir: asumir el cargo de obispo, en representación de Cristo (cabeza) en la Iglesia que es el cuerpo de Cristo.

³ otra imagen evangélica: la Iglesia como un barco en medio de las tempestades del mundo a lo largo de la historia.

⁴ Nota de Newman: Ver Ef 1,23.

no egoísta, clemente. Se lo acusaba de no ser suficientemente severo para con sus enemigos vencidos; y él replicó:

Fíjense en los cargos que se me hacen. Ellos me dicen: 'Has tenido tanto tiempo para gobernar la Iglesia en el momento crítico, y con el favor del Emperador, lo cual es de suma importancia: ¿qué síntoma de cambio hay? ¡Tantos perseguidores tuvimos y tantas miserias aguantamos antes! ¡Qué de insultos, qué de ataques, qué de exilios, qué de saqueos, qué de confiscaciones, cuántos de nuestro clero arrojados al mar, cuántos templos profanados con sangre de santos, de templos convertidos en carnicerías! ¿Y después qué? Hemos logrado ser más fuertes que nuestros perseguidores, ¡y ellos se han escapado!' Así es. Para mí es suficiente desquite contra los que nos injuriaban el tener poder de represalias. Pero mis objetores opinan diferente: muy estrictos y justicieros, se regocijan con la ventaja acechando la oportunidad para aplicarlas. '¿Qué prefecto ha sido castigado?' -dicen- '¿qué incendiario del populacho ha sido reconducido a la razón? ¿qué temor hemos conseguido imponer para el futuro?' (Orat.42)

Gregorio llevaba un tren de vida demasiado modesto sin la pompa que pretendía la ciudad lujosa y exigente. Ellos querían "un rey como los gentiles"⁹⁸. Alguien con prestancia que desfilase haciendo crujir su ropaje de seda, una especie de predicador o teólogo para aristócratas, dispuesto a hacer y deshacer leyes, y ser lo que se considera como digno y grande. Y en lugar de ello tenían al pobre, querido y buen Gregorio, un monje de Nacianzo, un personaje que, a pesar de sus reconocidas ciencia y elocuencia, conservaba un alma de niño, y carecía de ciencias mundanas, sin modales, sin conversación, sin astucia; tímido e huidizo de la

alta sociedad, incapaz de hacerse valer en una tribuna pública, y hasta incapaz de poner orden en una sacristía moderna.

Quizás también -sigue diciendo- pueden reprocharme, y muchos lo hacen, por no tener una buena mesa ni vestirme con lujo, por no imponer mi imagen cuando estoy en el extranjero, y por no aparecer con pompa ante el pueblo. Ciertamente, me olvido de que debo rivalizar con cónsules, prefectos e ilustres gobernantes, que poseen más riquezas que ideas sobre lo que deben hacer con ellas. Si lo mío es detestable, no me doy cuenta; que se me perdone este error; en mi lugar, que elijan un jefe a gusto de la mayoría; y que me devuelvan a la soledad, a la rusticidad, a Dios al que complaceré a pesar de mi parsimonia

Así es mi carácter -decía un poco antes- Yo no coincido en muchos puntos con la mayoría, y no puedo persuadirme a seguir su ritmo: esto podrá ser rudeza o torpeza, pero es mi carácter. Lo que a otros les gusta, a mí me aburre; y lo que a mí me gusta les aburre a otros. En verdad, no me sorprendería siquiera que me alejen como peligroso, ni ser considerado insensato por la muchedumbre, tal como se dice que le sucedió a un filósofo griego, cuya sabiduría fue acusada de locura, porque se reía viendo que las cosas serias de la mayoría eran en realidad ridículas. Tampoco me sorprendería que me tomaran por borracho, como a los discípulos de Cristo, por hablar en nuevas lenguas, en cuyo caso el poder del Espíritu fue confundido erróneamente con excitación de la mente. (ibid.)

Hay un pasaje similar de Gregorio después de haber renunciado, escrito en verso, del cual doy aquí una versión indigna en prosa.

⁹⁸ Referencia a la historia del pueblo elegido, cuando ya no le bastaban los "jueces" que Dios le iba enviando, sino le requerían "un rey como lo tienen los gentiles".

Este bien: -dice- estar solo, libre y seguro en adelante, sin restricción ni peligro de captura -mi alma entera elevada hacia Cristo. Ya no más diversiones a la mesa de un príncipe mortal, como hasta ahora yo, Gregorio, buscando un poco de bienestar, en medio de ellos, tímido y sin palabras, respirando sin libertad, festejando como un esclavo. Ningún magistrado ha de castigarme con un sítil, a su lado o más abajo, asignándole el lugar que corresponde a un pobre demandante. Nunca más he de estrechar manos manchadas con sangre, ni he de acariciar barbas, para ganar algún pequeño favor. Nunca más tampoco he de concurrir en tropel a fiestas sagradas de cumpleaños, de entierro o de casamiento, aprovechando para engullir lo más posible, y pasarle algo a los servidores que tienen las palmas hambrientas, como las de Briareo. E irne después, sepulcro viviente, a hora avanzada, arrastrando mi carcasa dolorida hasta mi casa, exhausto y jadeante, y a pesar de ello apurado por otra fiesta succulenta, antes de haberme sacado de encima la reciente indigestión. (Carm. II, 17)

Si una mera fiesta familiar lo llena al que está habituado a comer pan y agua; cuánto menos podía soportar Gregorio una fiesta pública, y ni siquiera un banquete moderado.

5

Al retornar a Asia, primero permaneció un tiempo en Nacianzo; de donde pasó a Arianzo, el lugar de su nacimiento. Aquí paso toda la Cuaresma sin hablar, en vistas a gobernar su lengua, sintiendo dolorosamente su deficiencia en ello, como en otros puntos. Le escribió a un amigo las siguientes observaciones: "¿Me preguntas qué significa mi silencio? Significa medida en el hablar, y no hablar. Porque quien puede hacerlo totalmente, podrá hacerlo con más facilidad en parte. Además, se calma la

cólera cuando no se la traduce en palabras, y se extingue en sí misma." (Ep. 96). Y de nuevo: "No te prohíbo que vengas a verme; aunque mi lengua esté quieta, mis oídos estarán gustosamente abiertos a tu conversación, ya que escuchar lo adecuado no es menos apreciable que decirlo." (Ep. 97). Y nuevamente: "Hago silencio en la conversación, para aprender a hablar lo que debo hablar; sobre todo, me ejercito en gobernar las pasiones. Si esto le satisface al que pregunta, está bien; si no, al menos el silencio otorga la ganancia de no haber entrado yo en explicaciones." (Ep. 98)

Gregorio tenía entonces cincuenta y dos o cincuenta y tres años. Es notable que un hombre a esa edad tome medidas tan vigorosas para vencerse.

Los siguientes extractos de sus poemas aluden a las mismas o a similares carencias:

*Señor, he perdido el control de ayer;
La cólera vino y me robó el corazón.
¡Oh! ¡que la luz de la mañana pueda persistir hasta la noche!*

Otra vez:

*¡La serpiente vino de nuevo! A Tus pies suplico;
¡Ayúdame, David! ¡Ayúdame pulsando las cuerdas de tu lira armoniosa!
¡Fuera, espíritu de turbación, fuera, retírate a tu propio infierno!*

Los poemas aluden a una o a otra tentación; si bien quizás no es conveniente atribuirle a un poeta, en su persona, todo cuanto dice sobre sí mismo.

He aquí sus pensamientos sobre

LA MAÑANA

*Me levanto, y elevo mis manos juntas hacia Ti.
De aquí en más la oscuridad no tiene parte en mí.
Hoy es día de Tu sacrificio:
Heme aquí firme, y con el poder de un hombre libre
Oponiéndome a las olas de la pasión en el combate.
¡Ah! ¡si me perdiese lejos de Ti.
Mi cabeza canosa, Tu altar sobre cual me inclino
Han de ser mi vergüenza, cuando son ahora mi
honor.
Así me despierto: ¡Señor, guíame en mi camino!*

Y después, tras "el peso y el calor del día",
lo hallamos mirando atrás cuando llega

LA TARDE

*¡Oh Santísima Luz, cuánto te he mentido!
Había prometido que este día habría de ser Tu fiesta,
Empero, estoy a oscuras antes de la noche.
Cierto, recé y pensé
Que iba a poder conservar Tu rayo matutino
Immaculado y brillante,
Pero mi pie resbaló, y así caído, me asaltó
Mi sombrío enemigo, y me arrancó la llama
celestial.
¡Ayuda mi oscuridad, Señor, hasta que vuelva la luz.*

En los versos de la mañana cabe notar una
alusión a su sacerdocio. Las líneas que siguen
contienen referencias más explícitas al mismo, y
quizás también a la Penitencia:

*Estoy en pie al servicio de la fiesta mística.
Limpiando a Tu rebaño-víctima y acercándolo
Más santo y sabio por el rito incruento.
¡Oh Fuego de Amor! ¡Oh Fuente que emana Luz
a borbotones!
(bien la conozco yo que necesito ser limpiado
por Tu mano).*

*Ternible oficio éste, el de quitar a las almas enlodadas
su inmundicia, para que vuelvan a ser brillantes.*

Podría haber en lo anterior una alusión
que nos introduce en lo que sigue:

*Habiendo visto el pecado hasta en sus mínimos
trazos,
El asesinato ya en la cólera, y en el juramento
frívolo
la lengua perjura, por ello decidí evitarlos
y juzgué que era más seguro guardar una estricta
virginidad.
De allí que las almas muy santas en nuestro
amplio coro,
Siguen a los inmateriales serafines,
y Aquel en medio de los cuales reina, en la luz
solitaria.
A estas almas, cada una y en conjunto, les atrae
la idea de la muerte
Y la esperanza de la otra vida, y así de todo
corazón
Renunciaron a ley y al lazo del voto matrimonial.
Yo mismo al nacer era solo un cautivo,
Pecado fue mi primera vida, hasta sacudir su vil
cadena
y volverme hacia un camino más noble
Cuando Cristo se me acercó, y el que nació de
una Virgen
me convocó a unirme a su corte de vírgenes.
Así yo elevo ahora hacia el más alto Cielo
Exultante, mi inocente frente, sin trabas,
sin dejar herederos de esta pobre tienda,
que me imiten cuando este pobre marco se quiebre-
sino estoy solo con mi solo Dios,
en compañía de almas sinceras.*

Resulta que tenemos una gran parte de la
poesía de Gregorio, escrita como recreo en su

HISTÓRICAS

retiro y que sin duda no pensó nunca publicar. De una de estas composiciones elegimos un jugueteón extracto sobre el mismo tema:

Cuando la mano quiere pintar alguna forma imitada,

Marca primero su propósito delineando un esquema,

Y aplica luego su gama de variados colores,

Hasta que el esbozo se atenúa y aparece la cosa plena.

Así también en la primera escuela de ciencia sagrada

La vida virginal no se atrevió a reclamar honor,

Mientras en la edad juvenil de la religión, la ley lo insinuó

Trazando el símbolo velado de esta vida mejor.

Pero cuando nació Jesucristo de una Virgen

-cumpliendo así su radiante paso desde lo alto del Cielo a la tierra

dejando al Padre por la condición mortal,

fue entonces cuando consagró a Eva y sus hermanas:

disolvió las leyes de la carne, y en lugar de la letra nos dio el espíritu y la palabra de gracia.

Brilló entonces el glorioso celibato

Fulgurando con los deslumbrantes rayos de su fuerza.

Sobrepasando los encantos de la vida y la alianza matrimonial,

Como sobrepasan el alma al cuerpo y el Cielo a este mundo de abajo,

La eterna paz de los santos, a este fugaz instante de vida turbada,

y como el trono de Dios sobrepasa a las moradas humanas.

¡Y he aquí ahora unos círculos que se mueven en torno al Rey de Luz!

cielo en la tierra, corte inocente luminosa

que solo busca brillar como un emblema de su Dios con Cristo en sus corazones, y su signo sobre sus frentes,

suaves luces funerarias en la sombra crepuscular del mundo,

contemplando a su Dios y siendo una sola cosa con Él.

Ahora me dirijo a la innumerable muchedumbre y le digo:

¡que sean felices inclinados ante el suave yugo del lazo matrimonial!

Distingo ya pasos altaneros y miradas decididas. Joyas en la cabeza y vestidos de seda.

Que vengan y expongan los beneficios del matrimonio,

Después le daremos la palabra al solitario.

Muchos casados, creo, podrían defenderse así.

Suelta la lengua y con rostros confiados:

"Que escuchen, todos los que viven según el rito nupcial

que confiere el privilegio de transmitir la vida y la luz.

Nosotros, casados, cumplimos la ley que por creación

nos fue impresa en nuestra sangre y en nuestro limo

cuando el demiurgo nos modeló y abrió el costado de Adán

e hizo de una criatura humana, otra.

Permitid, pues, que los hijos de esta mortal estirpe honren la ley de la tierra, la primera ley de Dios.

Escuchad y aprended los preciados dones acordados, inseparablemente unidos al lazo matrimonial.

¿Quién enseñó las artes de la vida, las verdades que duermen

en la tierra, en el alto cielo y en el vasto espacio?

¿Quién llenó los mercados y empujó los audaces navíos

uniendo países lejanos al navegar sobre las olas?

¿Quién edificó las ciudades? ¿Quién dio el tipo y el germen

de la unión social y del cetro firme?

¿Quién fue el primero en trabajar, hundir el

arado en la gleba,
cultivar el jardín? Alguien ligado por la promesa
matrimonial.

Sí, ¡escuchad vosotros que buscáis una cadena
suave

de un otro yo-mismo, de una doble presencia!

Nosotros tenemos manos, ojos y oídos para
obrar y sufrir aquí,

con el débil que inspira amor y miedo a la vez,
con el suspiro de un compañero para dulcificar
la inquietud,

con la sonrisa de un compañero para aumentar
el gozo.

No digáis que esto nos entrega a una vida carnal:
cuando apremia la necesidad, compartimos los
temores y los anhelos.

Liviano queda el corazón que no carga en el
hogar su yugo

y se limita a rezar para que haya buen tiempo....

En cambio, la esposa y el hijo, bienes que vienen
y se van,

nos enseñan las necesidades y nos llevan a confiar
y a rezar.

Quitad el amor y la vida quedaría desfigurada.

¡Horrorosa visión de un desierto lleno de aullidos,

Rudo, desalmado, despojado de los dulces
encantos que calman

las tormentas de la pasión y alegran la vejez!

Allí no hay cantos infantiles que nos rejuvenecen,

Ni lugares públicos para entretenerse.

¡Oh vida desdeñosa de los dones que el cielo le
asigna

y que desconoce la simpatía humana!

Así presenta su defensa el matrimonio.

Dejemos que ahora hable su rival (la Virginitad).

Triste y abatida, con las mejillas pálidas, des-
cuidada en la ropa.

Sin sandalias, austera, rodea con un velo su ros-
tro modesto.

Ha abierto los labios, pero no emite sonidos.

Me acerco a ella para decirle: "¡Salve, hija de los
Cielos.

Gloriosa por dentro, a quien se le ha otorgado
un lugar cerca del Trono.

junto a los ángeles que se inclinan con temor: sé
que tienes aquí abajo

un nombre y una misión...mas dignate venir y
danos la paz"

... "Ah, ¿quién me llama desde mi solitario retiro?

Allí, en el canto silencioso de las santas acciones.

Yo alabo a mi Dios y estoy en vela rogando por
las almas que lo necesitan,

en los trabajos del día y en las viglias de la noche...".

.....etc. etc.

No es más que una pobre traducción, o
mera paráfrasis; pero he querido con ello dar a
conocer algo del talento poético de este cumpli-
do padre de la Iglesia.

Nuevamente debo advertir al lector que no
crea hacerse una idea de la poesía de Gregorio
con mis traducciones. Al que me objete que no
está bien tratar así a Gregorio, le respondo que
al menos soy fiel al sentido del original, y con
esto también me despido de este gran teólogo de
personalidad tan atrayente.

De la obra *El Misterio de la Iglesia*, editado por el *Internacional Centre of Newman Friends* de Roma

El desarrollo dogmático

La Iglesia no añade nada dogmático al credo original, excepto lo que ella cree que está implícitamente contenido en el Credo. Tiene el don de *explicar* el Credo.

L.D. XXVIII 129 (21.10.1876)

Los dogmas católicos son, después de todo, únicamente símbolos de un hecho divino que lejos de agotarse en tales proposiciones, no pueden ni agotarse, ni ser captados en toda su profundidad, aun por mil proposiciones.

U.S. 332 (2.2.1843)

Sus Apóstoles, y sólo ellos, poseyeron, veneraron y protegieron el Mensaje Divino, considerándolo santo y santificador; y en caso de colisión o conflicto de opiniones, tanto en tiempos pasados como actuales, fue este Mensaje, y no una enseñanza vaga o antagonista, lo que logró purificar, asimilar, transformar, e incorporar en las multicolores creencias, formas de culto, códigos de conducta, escuelas de pensamiento, a través de todo lo cual progresaba siempre. Era Gracia y Verdad. Luego que hay una verdad, que esta verdad es una, que la búsqueda de la verdad no es una mera gratificación a la curiosidad, que el poseerla no tiene nada que ver con la excitación del descubrimiento, que la mente está en la verdad y no sobre ella, y que está obligada no a discurrir

sobre ella sino a venerarla, que la verdad y la falsedad están ante nosotros para probar nuestros corazones, que nuestra elección es un riesgo terrible sobre el que está inscrita nuestra salvación o condenación, que "ante todo es necesario sostener la fe católica", que "quien quiera salvarse debe pensar así" y no de otra manera;... éste es el principio dogmático verdaderamente firme.

Dev. 356-357 (1845)

Caer en la cuenta es la vida de todo desarrollo verdadero; es peculiar a la Iglesia, y esto justifica sus definiciones.

U.S. 337 (2.2.1843)

El dogma ordinariamente recae en proposiciones: la teología es fértil en términos. La teología es para el entendido, y es científica y difícil. El dogma no es científico, no es oscuro, y es para el sabio y el no sabio. Qué cosa más simple que las proposiciones 'hay un solo Dios', o 'el Espíritu Santo es Dios', o 'Jesucristo es Dios', 'Jesucristo es hombre'. Estos son dogmas. Por supuesto cuando tales proposiciones se comparan entre sí, inmediatamente brota el misterio, la cuestión, el argumento, la definición, la ciencia, la teología; y esto, de acuerdo con la inteligencia del individuo, o sea, *de acuerdo con su capacidad para entender* la teología. La

teología es por tanto la respuesta o el correlativo a la mente inquisitiva. Pero un niño o una campesina puede tomar la totalidad del dogma sin tener que creer en ningún misterio, porque tal persona toma cada proposición en sí misma sin compararla. Baste esto sobre las proposiciones. En cuanto a los términos, que ni el joven, ni el pobre, ni el ignorante, ni el laico poco instruido necesitan generalmente comprender, ni puede obligárseles a ello, tales términos, digo, pertenecen a la teología, tales como santificación, regeneración, justificación, transubstanciación, y otros semejantes.

L.D. XXIII 51 (4.2.1867)

Yo diría que la palabra 'infalibilidad' nunca se ha aplicado a la *Iglesia* en ningún documento autoritativo, hasta el Concilio Vaticano ... Sin embargo la Iglesia actuó y fue aceptada como infalible desde el principio. El caso del Papa es semejante al de la Iglesia. La expresión más *real* de esta doctrina no es que él sea infalible, sino que sus decisiones son verdaderas e irreformables. Es decir, la cuestión no se presentó a los Cristianos de una manera formal: '¿Es el Papa infalible? ¿en qué y dentro de qué límites?', sino que todos sentían que cuanto él decía era 'la voz de la Iglesia', 'porque él ha hablado por la Iglesia', 'la Iglesia ha hablado en él', y lo que la Iglesia dice es la verdad. Y según esto, su palabra (según dice un dicho popular) 'era tenida como evangelio', y realmente quería decir 'como evangelio'; o 'él ha establecido la ley', y quería decir 'de fijar la ley' — él estaba *seguro* de tener la razón, ninguno *dudaba* de que él tenía la razón — él era 'la persona a quien debemos dirigirnos para que resuelva el asunto'. Esto (con todas las excepciones accidentales) era lo que él sentía, y lo que sentía el mundo cristiano sobre este punto; como ahora cualquier hombre ordinario (protestante intolerante, si

queremos hablar con prejuicio), afirma 'sé que tengo razón', — así el Papa podría afirmar 'sé que es así, y es mi deber decirlo así al rebaño de Cristo', *sin tener que analizar* si se trataba de una certeza moral, o una inspiración, o una infalibilidad formal limitada, o cualquier otro medio que le ofreciese la base de tal certeza incuestionable y absoluta. Honorio, por ejemplo, o cualquier otro Papa de aquellos tiempos, cuando lo decidía, *actuaba* de manera infalible y era *obedecido* como infalible, sin tener aún clara la percepción de que su *ipse dixit* provenía del *don* de la infalibilidad.

L.D. XXVII 286 (24.4.1875)

Pero al menos la *Iglesia* actuó como infalible desde el principio, por ejemplo, en los Concilios, etc. Y el Papa siempre actuó en unión *con* la Iglesia, algunas veces antes que actuase la jerarquía, otras veces después, y otras veces simultáneamente. El Concilio Vaticano ha decidido que él no es solamente la cabeza u órgano instrumental o ministerial de la Iglesia, y que no sólo tiene el poder de veto, ni es sólo un agente cooperador en las decisiones *de fide*, sino que en él está enraizado el origen de todo, que su decisión es evangelio, aun considerada aparte de la de los obispos.

L.D. XXVII 286-287 (24.4.1875)

El dogma que la Santa Sede por siglos había *vivido*, ahora — y ésta es la única diferencia — ha sido actualmente *reconocido*. Sé que se trata de una diferencia — porque a primera vista parecería una invitación al Papa para *usar* de un poder ahora reconocido. Pero debemos tener un poco de fe. Las proposiciones abstractas aprovechan poco — la teología las rodea con una variedad de limitaciones, explicaciones, etc. Ninguna verdad se mantiene en pie

por sí sola — sino que conserva su orden y armonía con las demás verdades. Los dogmas relativos a la Santísima Trinidad y la Encarnación no fueron desarrollados todos al mismo tiempo, sino parte por parte — un concilio hizo una parte, otro otra — y así se construyó todo el dogma. Y la primera porción pareció extrema — y surgieron controversias en torno a ella — y tales controversias llevaron al segundo y al tercer concilio, y éstos no dieron *paso atrás* respecto al primero, sino *explicaron y completaron* lo que el primero había hecho. Así sucederá ahora.

L.D. XX 330 (15.5.1871)

No todos los dogmas tienen la misma importancia *de primer orden para* todos. Por ejemplo el dogma de la canonicidad del libro de Esther para un iletrado — pero hay un dogma que es el fundamento de todos, y que cada hijo de la Iglesia debe sostener — o sea que ella es *la* Maestra, la Custodia de la Revelación, y que no puede errar al enseñar, proclamar mantener la Revelación — de acuerdo con las palabras de San Pablo, 'La Iglesia, pilar y fundamento de la Verdad' [1 Tim 3,15]

L.D. XXVIII 129 (21.10.1876)

La verdad es el principio-guía de la teología y de las investigaciones teológicas; la devoción y la edificación lo son del culto; y la expedición lo es del gobierno. El instrumento de la teología es el razonamiento; de la oración, nuestra naturaleza emotiva; del gobierno, el mando y la coerción. Además, tal como es el hombre, el razonamiento tiende al racionalismo; la devoción, al entusiasmo y la superstición; y el poder a la ambición y la tiranía.

V.M. I xli (1877)

La manera segura, verdadera y feliz, es creer que la Iglesia enseña; pero cuando hemos de profundizar en las cuestiones fundamentales, entonces el maestro necesita la gracia de intuir los corazones y la naturaleza (las inteligencias), y el discípulo (estudiante) la gracia de la docilidad.

L.D. XXXI 19 (26.1.1885)



APENAS LO DEJÁS DE VER Y YA LO ESTÁS VIENDO DE NUEVO.

CON LOJACK, NUNCA LLEGÁS A SENTIR QUE TE ROBARON EL AUTO,
A LO SUMO QUE LO PRESTASTE.

0810-888-8911 | www.lojack.com.ar

LO/JACK
LO TUYO ES TUYO

La certeza es algo esencial para el cristiano, y si éste ha de perseverar, su certeza ha de incluir un principio de persistencia.... El espíritu del hombre está hecho para la verdad y descansa en la verdad, pero no puede descansar en la falsedad. Una vez que ha llegado a poseer una verdad ¿qué podrá arrebatárle esta posesión? Ahora bien, poseer una verdad es tener certeza; por tanto, lo que ha sido una certeza será siempre certeza.

(Grammar of assent, cap VII)